

Selección TERROR

EN LA TUMBA, OSCURIDAD

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

465 – En la casa del lobo, *Lou Carrigan*.
466 – El ritual de la sangre, *Donald Curtis*.
467 – Siniestro, *Lou Carrigan*.
468 – Macabra inmortalidad, *Ralph Barby*.
469 – El comprador de recuerdos, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

EN LA TUMBA, OSCURIDAD

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 470
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 326 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1982
1.* edición en América: septiembre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Le gustaba aquel joven. Tenía un cierto aspecto melancólico y parecía sufrir por algo que no expresaba con palabras pero, cuando hablaba con él, Daisy veía que era un hombre agradable y cultivado. Tal vez, se decía la joven, había sufrido alguna pérdida familiar muy recientemente y aún no había acabado de recuperarse.

Quizá, por la misma razón, viajaba en el *Arcania*. Daisy Evans también iba a Nueva York en el mismo barco. La travesía no duraría mucho, pero, en el mar, pensaba, ciertos sentimientos se desarrollan con más rapidez que en tierra. A bordo, las ocasiones de contacto son mucho más numerosas.

El joven se llamaba Layne, Prosper Layne y, aunque ya habían conversado unas cuantas veces, nunca le había dicho su profesión. Debía ser soltero, porque no llevaba anillo a la vista.

Una cosa que le extrañaba a Daisy era que Prosper se retiraba invariablemente, todos los días, a las nueve de la noche a su camarote. En cambio, antes de que saliera el sol, ya estaba dando largos paseos por cubierta.

Daisy sabía que ella también le gustaba mucho a Prosper. Una tarde, a mitad de la travesía, cuando estaban solos en un rincón de la cubierta, él la abrazó y a Daisy le gustó muchísimo.

—Desearía tratarte más —dijo Prosper—. Creo que acabaríamos casándonos.

—¿No es un poco precipitado? —rió ella.

—A veces, uno encuentra al instante la mujer de su vida. Creo que a mí me ha pasado lo mismo.

La muchacha sonrió. Vio que Prosper se disponía a besarla y no le rechazó. Pero cuando las bocas se iban a juntar, se oyó una voz crispada:

—¡Prosper!

El joven se retiró vivamente. Daisy, intrigada, giró la cabeza.

Había un hombre a cuatro pasos de distancia, muy alto, delgado, vestido con ropas oscuras. Estaba a contraluz del rojo crepúsculo, por lo que ella no pudo verle las facciones con claridad. Sin embargo, apreció un extraño resplandor en sus pupilas.

Parecía que los últimos rayos del sol traspasaran la cabeza del desconocido por el hueco de los ojos. Daisy sintió un escalofrío.

—Señor... —contestó Prosper.

—Te di ciertas instrucciones —exclamó el desconocido—. Obedécelas.

—Sí, señor. Dispénseme... —suplicó el joven humildemente.

El desconocido ya no añadió una sola palabra más. Echó a andar y pasó junto a Daisy.

Por encima del yodo y sales marinas, Daisy percibió, durante una fracción de segundo, un olor a muerte, hedor de podredumbre, algo espantoso que, sin embargo, se disipó con tanta rapidez, que la muchacha no se sentía luego muy

segura de no haber sufrido una especie de ilusión, tal vez porque el aspecto del desconocido le hacía parecer un cadáver viviente.

Apenas hubo desaparecido el hombre, Daisy se volvió hacia su acompañante.

—Prosper, ¿quién es? —preguntó—. ¿Alguien de la familia? ¿Tu padre, tal vez?

Prosper negó con la cabeza.

—No... Lo siento, tengo prohibido dar explicaciones...

El muchacho huyó repentinamente. Daisy se sintió llena de perplejidad, pero también muy disgustada por el que estimaba incalificable comportamiento de un hombre que, en su opinión, no tenía derecho alguno sobre Prosper.

Daisy era una muchacha resuelta y así, por la noche, después de la cena, durante la cual había esperado inútilmente a Prosper, se fue al camarote del desconocido, dispuesta a pedirle las explicaciones que el muchacho no quería o no podía darle. Llamó a la puerta, pero nadie le contestó.

Al cabo de unos segundos, abrió. Había solamente una lámpara encendida en un rincón y la iluminación, aunque suficiente, no era demasiado intensa. Con ojos desorbitados, Daisy vio al hombre de los ojos de fuego tendido en la cama, en actitud de estar dormido.

—Caballero...

El hombre no contestó. Daisy se acercó un poco más y vio que tenía los ojos cerrados. La palidez del semblante era absoluta.

¿Estará muerto?

Vaciló un momento y le tocó la mejilla. Le pareció que tocaba un trozo de hielo.

En el mismo instante, percibió aquel horrible hedor. Fue como si hubiese estado hasta entonces encerrado en un frasco y alguien lo hubiera destapado.

Repentinamente, el hombre abrió los ojos y la miró.

Daisy retrocedió un paso, aterrada. Ahora no había sol en el ocaso, pero aquellas pupilas parecían arder como brasas.

Aterrada, la muchacha dio media vuelta y huyó. Cuando salió del camarote, tuvo que apoyarse en la pared, porque se sentía a punto de perder el conocimiento.

Esperó unos minutos, hasta que notó que se recuperaba y a continuación fue al camarote de Prosper. Llamó, abrió la puerta y vio al muchacho tendido sobre la cama, en idéntica postura que el desconocido.

Daisy se apretó la cara con las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede aquí?

Tambaleándose como si estuviera ebria, salió del camarote. De repente, percibió aquel espantoso olor a muerto.

Daisy se volvió un instante y divisó al desconocido a pocos pasos de distancia. En la pálida cara de aquel hombre había una expresión de furia indescriptible.

La muchacha huyó. Quería gritar, pero no se atrevía, porque temía que la tomasen por loca. Enloquecida de pánico, corrió hacia una escalera y ganó la cubierta, deteniéndose junto a la borda.

El corazón le latía aceleradamente. Daisy llegó a temer que le estallase. Había sido una tonta, se dijo. No debía haber cambiado una sola palabra con Prosper... Había otros hombres a bordo, tan atractivos o más que aquel joven...

Nuevamente sintió aquel hedor.

Giró en redondo. El hombre de los ojos de fuego estaba a dos pasos.

Daisy gritó. Instintivamente, se echó hacia atrás.

Su cuerpo tropezó con la borda, pero el movimiento había sido demasiado brusco. Mientras volteaba, oyó la voz del desconocido:

—Has descubierto nuestro secreto. No puedes continuar viviendo...

Fue lo último que captó, mientras descendía dando vueltas. Cuando chocó contra el agua, muy cerca del casco del enorme trasatlántico, se hundió varios metros, pero era buena nadadora y consiguió emerger a los pocos segundos.

Pero entonces se dio cuenta de algo horrible.

Zarandeada por las olas, sintió que era arrastrada irremisiblemente por unos remolinos contra los que su fuerza física no podía nada. Percibió el rumoroso batir de las gigantescas hélices y empezó a voltear de nuevo.

Aspirada por la succión invencible, fue destrozada por !a hélice de babor. Sus sufrimientos duraron una brevísima fracción de segundo; la oscuridad de aquella húmeda tumba se cerró sobre ella y ya no sintió nada más.

* * *

El gran perrazo alzó la cabeza repentinamente. Howard Forbes notó el gesto del can y abandonó la lectura del libro que tenía entre las manos. En la chimenea, un tronco se partió con ligero chasquido y emitió una miríada de chispas.

Fuera se oyó el ruido de un coche que se detenía bruscamente. Forbes se preguntó quién podía visitarle a aquellas horas de la noche.

«Duke», el can, se levantó lentamente.

—Tranquilo, muchacho —dijo Forbes.

Sonaron unos golpes en la puerta. Forbes dejó el libro en el sillón y se dispuso a abrir. Cuando lo hubo hecho, se encontró ante una joven de belleza arrebatadora.

—¿Howard Forbes?

El dueño de la casa asintió, mientras inspeccionaba rápidamente a ¡a hermosa visitante. Ella era alta, de larga cabellera negra, que despedía reflejos azulados en ocasiones, pero tenía los ojos extrañamente claros. Llevaba puesta una capa que le llegaba a los pies, una prenda realmente en desuso, pero que a la joven le sentaba maravillosamente.

—Sí, señora.

—Soy lady Faith Healey-Trent —declaró ella—. Vengo de muy lejos para hablar con usted. Concretamente, desde el otro lado del Atlántico.

—¿Qué he hecho yo para merecer semejante dispendio de tiempo y dinero? —exclamó—. Tenga la bondad de pasar, lady Faith. Ah, no tema a «Duke»; a pesar de su aspecto, está bien entrenado y no atacará, a menos que se lo ordene.

—Es un perro precioso —dijo ella.

—¿Me permite, señora?

Faith dejó que el dueño de la casa le quitase la capa. Asombrado, pero cortés, sin comentarlo, Forbes vio que ella llevaba puesto un traje de una sola pieza, de color negro.

—¿Le extraña mi indumentaria? —sonrió Faith.

—Más que extrañeza, me causa agrado. Permite apreciar una figura exquisita, señora.

—Muchas gracias, señor Forbes. Si no lo toma a indiscreción, aceptaría con mucho gusto una copa de jerez.

—Oh, dispense...

La visitante se inclinó hacia el can y le acarició la cabeza.

—Hola, «Duke».

El peno agitó la cola.

—Se han hecho muy amigos —sonrió Forbes, a la vez que le entregaba la copa.

—Tengo en Londres una perra de la misma raza —contestó ella.

—Podríamos aparearlos, pero hay demasiada distancia —dijo Forbes con acento trivial—. ¿No se sienta, lady Faith?

Ella lo hizo en un cómodo butacón, cerca del fuego. «Duke» fue a echarse a sus pies.

—Señor Forbes, sin duda, estará preguntándose por el motivo de mi visita —dijo ella, tras una pausa—. Debe de sentirse muy intrigado por el hecho de que una inglesa haya cruzado el Atlántico solamente para verle a usted, aunque ya hace algunas semanas que llegué al país.

—Sí, estoy intrigado, es cierto —admitió él—. Pero confío en que usted sabrá darme ¡as explicaciones necesarias.

—Desde luego. Dígame, ¿ha oído hablar alguna vez de sir Percival Brockton?

Forbes calló unos instantes. Luego dijo:

—Tengo entendido que vivió en el siglo XVIII y que era muy aficionado a la alquimia, entre otras cosas. Pero, en realidad, no conozco demasiados detalles de la existencia de ese caballero quien, si la memoria no me traiciona, murió hacia el mil setecientos setenta y cinco.

—La fecha es correcta, pero no así !os motivos de su... ausencia. Sir Percival no murió. Desapareció, estaría mejor dicho.

—Desapareció, no lo pongo en duda, pero luego moriría de alguna forma que no llegó al conocimiento público y fue enterrado en algún lugar

desconocido. O tal vez en el mar.

—No, siento contradecirle. Sir Percival no murió. Desapareció, porque se sabía cruelmente perseguido y moriría si sus enemigos le daban alcance. La persecución cesó cuando sus adversarios se dieron cuenta de que sus esfuerzos resultarían inútiles. Le dieron por muerto... y siguieron viviendo en paz hasta el final de sus días. ¡Pero ahora, sir Percival, ha vuelto de nuevo y quiere tomar venganza de sus perseguidores! — dijo Faith dramáticamente.

CAPITULO II

En silencio, Forbes se levantó, arregló el fuego y arrojó un par de troncos. Luego volvió a sentarse y juntó las yemas de sus dedos.

—Lady Faith, usted trata de decirme que, por algún procedimiento que desconocemos, sir Percival ha resucitado y está vivo de nuevo.

—No ha resucitado porque nunca murió. Simplemente, desapareció.

—Morir es una forma de desaparecer, señora —filosofó el joven.

—Insisto en que Brockton no murió, señor Forbes. ¿Sabía usted que hizo un pacto con el diablo?

Forbes ocultó, pero no del todo, una sonrisa.

—Es usted muy escéptico —añadió Faith—. Y ello, a pesar de sus estudios y de los libros publicados sobre la materia.

—He publicado también libros sobre temas muy distintos, señora —alegó él—. La demonología no es algo que me obsesione y llene mi vida por completo. Hasta cierto punto, lo que he hecho sobre el tema ha sido más bien por «hobby» que por vocación. Y aún le diré más: he decidido no ocuparme más de esta clase de asuntos.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—El escepticismo.

—Así, pues, no cree en el diablo.

—Sólo moderadamente, señora; lo suficiente para saber que no va a molestarme demasiado... a menos que mi comportamiento atraiga su atención, cosa que estimo bastante difícil, puesto que, aunque no me considero un santo, tampoco observo una conducta... infernal.

Faith sonrió.

—Se elogia a sí mismo —comentó.

—Digo lo que soy, sin pretender adornarme con laureles inmerecidos. De todas formas, no voy a prohibirle que siga hablando. Después del dinero y el tiempo que ha consumido en viajar desde Londres hasta mi casa, sería un pecado imperdonable no escucharla.

—Muchas gracias —dijo ella—. Señor Forbes, el pacto que sir Percival estableció con el diablo estaba basado en una condición: vivir lo suficiente hasta consumar su venganza, aunque tardara siglos.

—Eso implicaría la prolongación de la existencia de sus perseguidores durante el mismo tiempo —alegó Forbes.

—No, porque sir Percival juró que se vengaría en su descendencia.

—¿Qué culpa tienen los descendientes de aquellas personas de unos hechos en los que no tuvieron la menor intervención?

—Aquellas personas asesinaron a los dos hijos de sir Percival. Eran unos niños y los mataron para que el demonio no propagara su especie. Porque le consideraban un demonio.

—Entiendo —murmuró Forbes—. Mataron a sus hijos y él se vengará en

los descendientes de los asesinos.

—Así es. Pero la casualidad ha hecho que todos los descendientes de aquellas personas, salvo uno, estén viviendo ahora en los Estados Unidos.

Forbes levantó las cejas.

—¿Cómo puede ser posible?

—Algunos emigraron a poco de la desaparición de sir Percival, temerosos de sus represalias. Otros quedaron en Inglaterra, pero, de una forma u otra, sus descendientes también vinieron a este país. Excepto uno, como ya le he dicho.

—Usted trata de decirme que sir Percival piensa viajar a los Estados Unidos —dijo Forbes.

—Está ya aquí —dijo Faith dramáticamente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Llegó hace seis semanas en el paquebote *Arcania* y durante la travesía cometió un crimen, porque estuvo a punto de ser descubierto. Oficialmente, la muerte de esa persona se ha declarado que fue de una caída desde la borda. Yo sé que fue sir Percival quien la mató.

—Tendrá que explicarse un poco más —rogó Forbes cortésmente.

—Sir Percival viaja acompañado de un joven llamado Prosper Layne, al cual ha persuadido de que traspasaré sus poderes, siempre que le obedezca ciegamente y le ayude en su venganza. Prosper, sin embargo, cometió el error de enamorarse de una pasajera y viendo que podía olvidarse de su promesa, la asesinó, lanzándola por la borda. En realidad, no la arrojó físicamente, pero ella sintió tanto terror, que se cayó y ya no ha vuelto a ser vista.

—Quizá no embarcó en Southampton, puerto del que, si no me equivoco, suele zarpar el *Arcania* en sus viajes transatlánticos.

—Esa muchacha viajaba en el barco. Yo la vi.

—Eso significa que usted era también pasajera del *Arcania*.

—Así es, señor Forbes. Es más, le diré que presencié la muerte de esa infortunada muchacha. Por fortuna para mi, sir Percival no me vio. Pero es el culpable de lo sucedido —acusó Faith enérgicamente.

—De modo que Brockton tiene un... digamos ayudante.

—Sí. Presiente que su fin está cercano, a pesar de todo, y quiere que la venganza continúe, aunque él esté ya en Ia tumba.

—Eso no se compagina demasiado con lo que le pidió al diablo, es decir, vida eterna o un poquito menos —sonrió Forbes.

—El fin de sir Percival está próximo con su figura actual. Un día morirá, pero seguirá viviendo en el cuerpo de Prosper Layne. Eso es lo que el muchacho no sabe y quiero evitarlo.

Con su ayuda, naturalmente, señor Forbes.

—Hay algo que me intriga —dijo él—. ¿Por qué ha venido a mí y no a otra persona más experimentada?

—Usted lo es suficientemente y, además, posee una excelente cualidad: carece de prejuicios y no se arredra a la hora de tomar decisiones, si estima que son acertadas.

Forbes hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Muchas gracias por sus elogios, lady Faith —contestó.

—Por supuesto, los gastos que vaya a hacer corren de mi cuenta. He venido preparada para ello y no pienso regatearle un solo penique.

—Hablaremos de ese asunto más adelante, señora. Ahora, dígame. Hay seis descendientes de los asesinos en Estados Unidos actualmente. ¿Dónde está el séptimo?

—Me he expresado incorrectamente —respondió la joven—, La verdad es que ese séptimo descendiente estaba en Gran Bretaña hasta hace muy poco. Ahora también se halla en Estados Unidos.

Forbes sonrió.

—Apostaría algo bueno a que es mi huésped en estos momentos, lady Faith.

—Exactamente —corroboró ella.

Hubo un momento de silencio. De pronto, se oyó en el exterior el rugido de una fuerte ráfaga de viento. «Duke» alzó la cabeza y aulló lastimeramente.

—Algo sucede —dijo Forbes.

Y se levantó para tranquilizar a! animal. En el mismo instante, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

* * *

Forbes abrió y divisó a un sujeto enormemente alto, parado ante el umbral. El desconocido vestía con ropas oscuras y llevaba un sombrero calado hasta las cejas, pese a lo cual se podían ver sus ojos que brillaban como carbones encendidos.

El perro gruñó sordamente. Forbes se situó adecuadamente, para evitar un inesperado ataque del animal. «Duke» estaba muy intranquilo, cosa que no solía suceder, y eso le preocupaba.

Fuera de la casa, divisó dos coches. El segundo, cuyas luces aparecían encendidas, evidentemente era el del desconocido. En el asiento delantero había otro hombre, inmóvil, ajeno por completo a lo que sucedía en sus inmediaciones.

—¿Desea algo, señor? —preguntó Forbes.

—Disculpe la inoportunidad —dijo el desconocido—. Nos hemos perdido... No conocemos bien la comarca. Andamos buscando un lugar llamado Scarlett House. Si sabe dónde está, le quedaríamos muy reconocidos.

—Por supuesto. Temo que han pasado de largo por Scarlett House, evidentemente, porque no conocen la región. Bien, vuelvan en redondo y viajen durante unos tres kilómetros. Llegarán a un cruce y deberán desviarse hacia el Este. A un kilómetro, encontrarán el desvío que les conducirá a Scarlett House, apenas otros mil metros más adelante.

—Muy agradecido, caballero —dijo el hombre—. Buenas noches.

—Buenas noches.

El desconocido se alejó. Forbes arrugó la nariz.

—¡Vaya olor! —murmuró—. Se ha debido de echar encima un litro de colonia...

Cerró la puerta. De nuevo volvió a oírse el rugido del viento. «Duke» ladró con fuerza.

—¡Calla, no pasa nada! —dijo Forbes.

Al volverse, vio que Faith había desaparecido.

—¿Adónde se habrá ido esta mujer? —gruñó.

Repentinamente surgió en la puerta que daba a uno de los dormitorios.

—Era él —dijo.

Forbes respingó.

—¿Se refiere a...?

—Sin duda alguna. Era sir Percival y el hombre que le acompaña es Prosper Layne, su esclavo en cuerpo y alma.

—¿Por qué se ha escondido?

—Temía que me viese. No quería que supiese que había venido a verle a usted.

Forbes se acercó al diván y levantó la copa.

—Si la ha visto...

—Puede pensar que es de usted.

—Veamos —dijo el joven—. Brockton la persigue a usted y, sin duda, la conoce.

—Es cierto.

—Pero viajaron juntos en el *Arcania*, usted lo ha dicho.

—Yo usaba otro nombre y tenía una apariencia muy distinta. —Faith sonrió—. A bordo era Lady Lou, la cantante de moda. Muy sofisticada, con el pelo estridentemente rubio, gafas de diez centímetros de diámetro, con cristales de color... Sir Percival, a fin de cuentas, nació en el siglo XVIII y algunas de las costumbres actuales le resultan indigestas.

—Vaya —resopló Forbes—. Así que usted es Lady Lou...

—¿Me ha oído?

—Tengo por ahí una cassette con sus últimas grabaciones. Pero una dama con título...

—Si no fuese por mi trabajo, me moriría de hambre. Aunque, eso sí, he ganado bastante dinero en los últimos años.

—Y ahora, ¿no tiene que actuar?

Faith movió la cabeza.

—Cuando empecé a ver bastante oscuras las perspectivas, dije a mi representante que no admitiese más contratos. Alegué cansancio físico y mental y mis últimas actuaciones, por ahora, lo han sido en el *Arcania*.

—Si está tiempo sin aparecer en público, se olvidarán de usted. La gente, hoy día, es muy voluble, lady Faith.

—Es un riesgo que debo correr —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Inferior, en todo caso, al de perder la vida.

—Estoy de acuerdo. Pero, ¿es seguro que era sir Percival?

—¿No ha notado el olor?

—Se ha debido de duchar con agua de colonia —sonrió Forbes.

—Así oculta el hedor a muerto que le acompaña constantemente y que delata su presencia inexorablemente. Porque, en realidad, sir Percival está muerto, pero goza de la facultad de moverse a su antojo, como una persona normal.

Forbes tenía la boca abierta. Aquella muchacha, se dijo, estaba completamente loca. Ni siquiera se parecía en absoluto a Lady Lou, la famosa cantante, cuyo retrato había visto en portadas de discos y revistas.

—¡Ejem...! —tosió—. ¿Dónde se aloja usted, lady Faith?

—Por esta noche, en el Mountainmen. ¿Lo conoce?

—Sí, he estado allí en ocasiones. Conozco bastante al dueño.

—Después... No sé, tendré que seguir escondiéndome, aunque antes le dejaré la lista de las personas a las que busca sir Percival. Quiero que las encuentre usted antes y les advierta del inminente peligro en que se hallan. ¿Lo hará?

Forbes dudó. Faith se separó de él y sacó su bolso de un departamento interior de su capa. Extrajo dos papeles y se los entregó.

—La lista y un cheque por cinco mil libras esterlinas —dijo.

El joven respingó.

—Eso son algo más de doce mil dólares.

—En el banco de Euston East se lo cambiarán. No tendrá dificultad alguna para ingresar ese dinero.

—Muy bien. Siendo así...

Forbes se dijo que antes de dar un paso haría discretas averiguaciones sobre aquella muchacha. Si no estaba loca, le faltaba poco o era una excéntrica con ciertas manías.

Faith recogió su capa.

—No estoy loca —dijo, como si adivinase sus pensamientos—, Y volveré a verle dentro de una semana.

—Dijo que se alojaba en el hotel...

—Sólo por esta noche.

Ella caminó hacia la puerta. «Duke» se le acercó y acarició su cabeza.

De pronto se volvió.

—Oí a sir Percival preguntar por el camino de Scarlett House.

—Es cierto —admitió él.

—He oído algo sobre esa mansión. La Casa Escarlata… hace algunos años se cometieron crímenes horrorosos. Un par de habitaciones aparecieron con sangre hasta en el techo. Por eso la llaman así actualmente.

—Sí, hubo unos asesinatos, pero se resolvieron satisfactoriamente, y el criminal acabó suicidándose.

—Scarlett House —repitió Faith—. Una residencia muy apropiada para un hombre que hizo un pacto con el diablo, ¿no le parece?

Forbes no contestó. Faith hizo una ligera inclinación de cabeza, abrió y se desvaneció en la noche.

CAPÍTULO III

Henry Otherby, propietario y gerente del hotel .Mountainmen hizo un gesto de extrañeza al oír la pregunta que le dirigía su amigo.

—¿Has dicho que se llama lady Faith Healey-Trent?

—Ese es el nombre que me facilitó, aunque también dijo que usa otro artístico: Lady Lou. Es una cantante y manifestó que pasaría la noche en tu hotel.

Otherby meneó la cabeza.

—Estamos fuera de temporada y los huéspedes son más bien escasos —contestó—. Revisaré el registro, pero creo que puedo afirmar que ella no se alojó anoche aquí.

—¿Tampoco estuvo antes de ir a mi casa?'

—No. De todas formas...

Los dos hombres hablaban en el bar del hotel. Otherby se alejó para regresar unos minutos más tarde.

—Esa mujer no ha estado aquí para nada, Kipp —dijo, dándole el nombre que usaban los amigos—. Nadie la ha visto y, por supuesto, no está registrada con ninguno de los dos nombres. Aún más, en el día de ayer no se hospedó ninguna mujer, ni siquiera acompañada de su esposo.

Forbes se mordió los labios. Luego sacó el cheque.

—No lo he soñado —dijo—. Me pagó cinco mil libras... A ver si es que quiso divertirse y me dio un cheque que no vale ni el papel en que está escrito...

—Llévalo al Banco. Hoy mismo, por televisión, vía satélite, pueden comprobar si es legítimo o falso.

—Sí, lo haré.

Forbes apuró la copa a que le había invitado su amigo y se dispuso a marcharse. Otherby le hizo una pregunta.

—Dispensa, pero, ¿era guapa la dama?

—Muchísimo —sonrió el joven.

—Debieras haberla alojado en tu casa —dijo Otherby maliciosamente—. No me habría quejado de la competencia, Kipp.

Forbes volvió a su coche y se dirigió a la pequeña ciudad de Euston East, en donde dejó el cheque en su banco, encargando le llamasen apenas tuviesen noticias sobre el mismo. Hizo algunas compras y emprendió el regreso.

El día había mejorado un poco. Ya estaban en primavera, pero todavía se notaban los ramalazos del invierno recién pasado. En el cielo se agitaban nubes borrascosas y soplaba brisa fuerte y más bien fresca.

De repente, Forbes vio un desvío y, acometido, por un súbito presentimiento, hizo girar el volante. Condujo con cuidado, dada la angostura del camino y al cabo de unos minutos, dio vista a Scarlett House.

Detuvo el coche antes de que lo divisaran, a unos ciento cincuenta metros

de distancia. La casa le pareció sombría, tétrica. Las paredes no eran rojas precisamente, sino de piedra oscura, manchadas de verde en algunos sitios a causa del moho causado por el abandono.

Delante de la casa había un jardín bastante descuidado. Forbes divisó a dos hombres entregados a una extraña labor, que no supo comprender en los primeros momentos. Luego, cuando supo lo que hacían, sintió un terrible escalofrío.

—¡Dios, están cavando una tumba! —exclamó, sin poder contenerse.

De pronto, sopló una fuerte racha de viento. Un extraño olor llegó a su pituitaria. El viento soplaba directamente de la casa. Forbes supo así que Faith le había dicho, al menos en parte, la verdad. Brockton olía a muerto.

Al cabo de unos instantes, se retiró. Era preciso que el jefe de Policía de Euston East supiera lo que pasaba. Faith había viajado a los Estados Unidos con el objeto de salvarse y salvar las vidas de seis personas más, pero ella había sido la primera en perecer.

Su cadáver, sin duda, estaba en la casa. Luego lo enterrarían en el jardín y...

* * *

A mediodía sonó el teléfono.

Forbes se levantó y fue a contestar. El teléfono estaba en la pared y lo acercó a su oreja.

—Forbes —dijo.

—Soy Huggins, jefe de Policía. Señor Forbes, temo que ha cometido un error.

—¿Qué?

—Estuve en Scarlett House. El señor Brockton me recibió muy amablemente. Dije que alguien había denunciado un asesinato y se echó a reír. Como iba acompañado de dos agentes, me permitió que excavase en el lugar que usted me indicó. Hay allí una conducción de agua y estaba reventada. Ellos cavaron para encontrar la avería, afortunadamente reparada.

—Pero... pero yo vi...

—Señor Forbes, usted vio a dos hombres, con picos y palas —dijo Huggins, evidentemente molesto por el ridículo que había hecho—. Debió quedarse un poco más y les habría visto emplear un soldador primero y luego algo de cemento, así me habría evitado un papelón. El señor Brockton y su sobrino han alquilado la casa para pasar una temporada. Brockton no tiene hijos, pero considera a su sobrino como tal. Este tiene la salud muy quebrantada y espera curarse en este ambiente tan sano. Eso es todo, señor Forbes.

—Jefe, no sé como disculparme...

Huggins, furioso, colgó, sin dejarle añadir una sola palabra más. El joven se enfureció también.

—¿Dónde diablos te has metido, lady Faith? —masculló.

La muchacha le había engañado. Si le encontrase ahora, le daría una buena zurra...

El teléfono, que sonaba de nuevo, interrumpió sus amargas meditaciones. Esta vez era Don Creigh, director del Banco.

—El cheque es perfectamente pagadero, señor Forbes. Ya hemos ingresado esa cantidad en su cuenta. La libra está a...

—Gracias, señor Creigh, conozco perfectamente la cotización. Perdone mis dudas, se lo ruego.

—Al contrario, ha sido un placer atenderle.

Forbes dejó el teléfono, se sirvió una copa y fue a sentarse junto al fuego. «Duke» se levantó y se acercó lentamente.

—Esa muchacha se ha comportado de un modo muy extraño, ¿no te parece, «Duke»?

El perro meneó la cola. Forbes se preguntó si sería prudente hacer una excursión nocturna a Scarlett House.

—¡Bah, no merece la pena! Huggins tenía razón. Se reventó una tubería y...

De pronto, se acordó de la lista que le había dejado Faith y la repasó atentamente. El primer nombre correspondía a una mujer: Cynthia Fenergan.

—Bueno, a fin de cuentas, te han pagado para que hagas algo —se dijo—. Empieza a buscar a Cynthia y avísala de lo que sucede. Te tomará por loco, no cabe duda, pero tú habrás cumplido tu compromiso.

* * *

Resultó relativamente fácil dar con Cynthia Fenergan. Forbes lo encargó a una renombrada agencia de detectives, con la que tenía alguna relación, y dos días más tarde, ya conocía el paradero de la dama.

Al tercer día, la encontró en un lujoso bar, sentada en un alto taburete y con aire de esperar a clientes adinerados. Era una mujer de unos treinta años, de ojos sagaces y cuerpo muy bien construido. Forbes se sentó a su lado.

—Me esperabas a mí —sonrió.

Cynthia se volvió, haciendo aletear sus espesas pestañas.

—Tal vez —contestó.

—Me llamo Kipp.

—Yo, Cynthia. Hola, Kipp.

—¿Qué bebes?

—Agua tónica. En casa tengo un excelente whisky. Una copa, o las que quieras, te costarán doscientos cincuenta dólares. ..

«Unas ciento veinte libras esterlinas», pensó Forbes.

—O.K. —sonrió.

La casa de Cynthia no estaba lejos. Era un apartamento suntuosamente decorado, con abundancia de terciopelos rojos. Ella se quitó el abrigo de


pieles, que lanzó sobre un diván, y luego se acercó a la consola donde estaban las botellas.

—¿Forastero?

—Hasta cierto punto.

—Desde luego eres del país, aunque no tienes acento precisamente de Texas.

—Soy de Maine, Cynthia.

—Yo nací en Boston.

—Eres muy guapo —sonrió.

—Gracias. Cynthia, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Quizá no me convenga responderte, pero, en todo caso, adelante. ¿De qué se traía?

—¿Has conocido a tus abuelos?

Ella puso cara de sorpresa. Forbes había mencionado aquellos antepasados, porque le pareció que Cynthia no habría conocido a alguien de más lejano parentesco.

—A mi abuela, cuando era una chiquilla —contestó ella—. Pero, ¿qué tiene que ver...?

—Aguarda un momento —pidió Forbes—. Tu abuela, me imagino, a veces te contaría cuentos.

—Sí, cuentos de hadas y cosas así...

—¿No te habló nunca de un tal Percival Brockton, enemigo de la familia?

Cynthia entornó los ojos.

—Aguarda, sí... Pero no fue la abuela la que mencionó a ese individuo, sino su esposo. Y tampoco me lo dijeron a mí. Les sorprendí en un par de ocasiones y oí decir algo sobre una leyenda de un tipo que había vendido su alma al diablo...

—Era sir Percival, Cynthia.

—Bueno, eso eran fantasías —rió ella—. No creo en historias semejantes... Kipp, ¿a qué diablos has venido? ¿A contarme cuentos de miedo o a estar conmigo?

Forbes vaciló.

—Cynthia, ¿estás a gusto en la ciudad?

Ella se puso en pie bruscamente.

—Mira, lo mejor será que te marches —barbotó—. He tenido que atender a toda clase de individuos, algunos con manías realmente indescriptibles, pero tú los superas a todos. ¡Vamos, lárgate!

—Aguarda, Cynthia, no es lo que tú piensas. —Forbes sacó un rollo de billetes, separó cinco de cincuenta y los dejó sobre una mesita—. Te pago la copa, para que veas que no quiero burlarme de ti.

Cynthia pareció ablandarse un poco ante la vista del dinero.

—Entonces, ¿qué diablos pretendes?

Forbes se lo contó todo. Ella le escuchó con gran atención, pero cuando terminó, lanzó una atronadora carcajada.

—Eres verdaderamente simpático, Kipp —dijo—. Pero no 3eo una sola palabra de lo que me has dicho. De todas formas, gracias por tu interés. Tendré mucho cuidado en no enfrentarme con ese Percival. Y ahora, hablando de otro tema, ¿no me encuentras atractiva?

Forbes dudó un momento. Llevaba una temporada solitario en su residencia campestre. ¿Por qué no concederse un poco de expansión?

—Te diré una cosa —añadió ella—. Aquí no entra todo el que puede pagar doscientos cincuenta dólares. Elijo muy cuidadosamente a mis invitados, ¿comprendes?

—¿En qué categoría me incluyes a mí? —sonrió el joven.

Cynthia le miró críticamente, estudiándole de pies a cabeza.

—Por el momento, en la superior —contestó—. Pero debes confirmarlo con hechos.

—Bien, entonces, empecemos, Cynthia.

CAPITULO IV

Salió del bar y taconeó vivamente en dirección a su casa. Un atildado caballero se emparejó súbitamente con ella.

—Señora...

Cynthia se volvió.

—¿Sí? —dijo, con sonrisa profesional.

—Estoy solo en la ciudad y tengo ganas de un ratito de conversación con alguien que sea capaz de escucharme. Podría pagarle hasta quinientos dólares por su compañía, señora.

—Señorita —puntualizó ella—. Y me llamo Cynthia.

—Encantado, Cynthia —dijo el hombre.

Cynthia le condujo a su apartamento y dispuso un par de copas. Le extrañó el aspecto de su invitado, pero, discreta, no hizo el menor comentario, excepto por una cosa.

—Huele usted muy bien. —Algo le impresionaba en aquel individuo que no la permitía tratarle con más confianza, de momento—. ¿Es algún perfume especial?

—Soy propietario de una fábrica de perfumes. Este que uso lo hago yo personalmente.

—Me encanta. Si lo lanzase al mercado, se haría usted célebre... y muy rico.

—Tengo dinero de sobra, Cynthia.

—Eso sí que es interesante —suspiró ella. Aspiró el aire, le pareció que el perfume se disipaba—. ¿Vive aquí? «

—No de una forma continua. ¿Y usted? '

—Sí, desde luego.

—Perdone una pregunta, Cynthia. Su apellido, ¿es Fenergan?

—¿Quién se lo ha dicho? —sonrió ella.

—Lo vi al pasar, en el casillero del vestíbulo, pero no estaba seguro de que le correspondiese a usted.

—Ahora ya lo sabe.

—Dígame, el apellido, ¿ha sido siempre el mismo?

—¿A qué se refiere? —preguntó ella, extrañada.

—Quiero decir si... Bueno, no sé cómo expresarme. ¿Casada?

—No. Nunca me casé y, por tanto, no tuve que cambiar de apellido. Que yo sepa, es el de la familia desde hace muchísimos años.

—Casi dos siglos y medio, ¿verdad?

—Eso creo. Mis antepasados llegaron' aquí a principios del siglo XIX, pero nunca me he preocupado demasiado de su historia. ¿Es usted profesor o algo por el estilo? ¿Periodista, quizá?

—No —contestó el hombre—. De modo que es una Fenergan.

Cynthia empezó a sentirse incómoda. Aquel sujeto no había dicho aún su

nombre y le estaba haciendo una serie de preguntas estúpidas que, le pareció, resultaban absurdas. Aunque tal vez se tratase de un investigador privado. Pero le había prometido quinientos dólares y era preciso soportar algunas incomodidades. «Con tal de que no sea un tipo raro y quiera algo disparatado», pensó.

—En efecto —sonrió—. Soy una Fenergan.

—¿Ha oído hablar alguna vez de sir Percival Brockton;

Cynthia se puso rígida.

—Sí, el otro día. Un joven mencionó su nombre...

—Seguramente, le contaría cosas fantásticas.

—No le creí. Era una historia disparatada. Pero, ¿conoce usted a ese joven?

—No. ¿Cómo se llama?

Ella guardó silencio. El perfume se había disipado. Ahora el visitante olía de otra manera muy distinta.

Era un olor todavía muy poco penetrante, como si se hubiera abierto una cloaca lejos de la casa y sus emanaciones hubieran salido a la calle. Pero no, no era el olor de una alcantarilla...

El hedor se acentuó. De pronto, Cynthia reparó en las pupilas del visitante.

Eran de color rojo, como si algo ardiese en el interior de su cerebro. Empezó a sentir miedo.

—Le he preguntado cómo se llama ese joven —dijo el visitante.

Cynthia se notó invadida por un sentimiento de pánico. El instinto le dijo que debía callar la respuesta que le pedían. A cada segundo, el hedor era más fuerte. Se hacía ya insoportable.

—Es igual, ya lo encontraré. Cynthia, antes le pregunté si había oído el nombre de Percival Brockton.

—Sí, lo recuerdo...

—Yo soy Percival Brockton. Pero no lo repetirá a nadie.

Y le echó las manos al cuello.

Apretó con tremenda brusquedad, de modo que ella no pudo emitir un solo grito. Cynthia se debatió desesperadamente, pero Brockton poseía una fuerza descomunal y todo lo que hizo para librarse de aquel mortífero dogal fue inútil.

En los últimos instantes de su consciencia, el olor a cadáver en putrefacción se hizo absolutamente insoportable. Pero fue un sufrimiento que duró un tiempo brevísimo. Muy pronto se sumergió en una oscuridad total.

La oscuridad de la muerte.

* * *

Continuando sus pesquisas, Forbes pudo dar con otro de los personajes que figuraban en la lista que le había entregado Faith.

El individuo se llamaba Dan Hooper y regía un garito de lujo. A Forbes le costó bastante conseguir una entrevista con Hooper. Por lo que vio y oyó,

Hooper debía de tener bastantes enemigos y no se fiaba de nadie.

Dos inexpresivos guardaespaldas le registraron de pies a cabeza. Cuando se hubieron convencido de que no llevaba encima siquiera un alfiler, le dejaron pasar al despacho del Hooper.

Forbes vio a un hombre de unos cincuenta años, muy obeso, con los ojos cubiertos casi por completo por unos párpados rebosantes de grasa. Se preguntó si Hooper abandonaría alguna vez el sillón que ocupaba en su espectacular despacho.

—Adelante, Forbes —invitó Hooper—, Hable lo que sea| y despache pronto; tengo mucho trabajo y no puedo perder! el tiempo.

Forbes le explicó lo que sucedía. Cuando terminó, Hooper le miró incrédulamente.

Luego tocó un timbre. La puerta se abrió y los dos guardaespaldas entraron inmediatamente.

—Quitadme a este chiflado de la vista —ordenó Hooper—, No le hagáis daño, pero lleváoslo de aquí antes de que me dé un ataque.

Los dos gorilas se situaron a ambos lados de! joven y, cogiéndolo por los brazos, lo levantaron en vilo. Forbes no era un alfeñique precisamente, pero aquellos dos individuos no parecieron sentirse muy impresionados por sus ochenta kilos de peso y lo condujeron en volandas hasta la puerta.

Cuando llegaban al umbral, Forbes volvió la cabeza.

—¡Le he dicho la pura verdad, señor Hooper! —clamó desesperadamente —. Hágame caso o...

Sabía que era inútil. Hooper no le haría caso.

—Suéltenme, muchachos —pidió—. Les prometo portarme mesuradamente. No daré ningún escándalo.

—Pero se irá ahora mismo —dijo uno de los guardaespaldas.

—Pueden tenerlo por seguro.

Momentos más tarde, Forbes volvía a su coche. Trató de calmar la furia que le poseía.

«Condenada lady Faith... He hecho un papelón por su culpa...», pensó muy fastidiado.

Luego se dijo que había recibido cierta suma de dinero.

—Bien, yo advertiré a los restantes, cuando los encuentre, y luego que hagan lo que les parezca —decidió—. Si me pagó para que hiciese una cosa, y yo acepté, debo cumplir el trato.

Poco a poco, se tranquilizó. Buscó un restaurante y cuando iba a entrar, vio a un vendedor de periódicos. Compró un ejemplar del diario de la tarde y se sentó ante una mesa.

Encargó el menú y repasó los titulares más interesantes De pronto, se puso rígido.

La noticia hablaba de un asesinato misterioso. La víctima era una tal Cynthia Fenergan, quien había muerto estrangulada.

—¡Dios mío! Brockton ha empezado ya su venganza...

Buscó más detalles del suceso. La muerte de Cynthia había sido descubierta por una amiga suya, extrañada de no verla, puesto que habían quedado citadas para ir a la peluquería. Fue a su casa y la encontró muerta. El forense aseguró que el fallecimiento se había producido menos de veinticuatro horas antes.

Sin embargo, declaraba la amiga de Cynthia, en el apartamento reinaba un hedor insoportable, como si Cynthia hubiese muerto muchos días antes.

Aquel dato era sumamente revelador. Sin lugar a dudas, señalaba a Brockton como el culpable de la muerte de Cynthia.

Se lo comunicó a Hooper, pero éste le envió al diablo y añadió:

—Si sigue molestándome, le enviaré a un par de muchachos y acabará en un hospital —graznó el gordo encolerizadamente.

—¡Bueno, pues que le ahorquen! —contestó el joven, no menos enojado.

Y luego se aplicó a buscar a otra persona de las mencionadas en la lista.

La encontró seis días más tarde y se llamaba Neil Van Kyfe.

* * *

Era una mujer elegante, sofisticada, de unos treinta y cinco años y cuerpo esbelto y bien proporcionado. Al verla. Forbes pensó que debía de dedicar muchas horas de! día al cuidado de su figura.

El pelo era rubio, muy bien peinado, a pesar del aparente desorden que se apreciaba a primera vista. La casa era grande, lujosa, decorada con gusto exquisito.

Forbes, por otra parte, conocía algunos detalles de la vida privada de Neil. Una viudez y dos divorcios, ambos con excelentes resultados económicos. Ello aparte, había heredado una bonita fortuna de su padre, muerto seis meses antes.

Cuando le explicó los motivos de su visita, Neil no se inmutó siquiera. Su respuesta dejó parado al joven.

—De modo que ya ha llegado.

Forbes arqueó las cejas.

—¿Acaso lo esperaba, señora?

Neil sonrió.

—Mi padre me habló mucho del asunto. A él se lo había contado su abuelo y así sucesivamente, hasta llegar al primer Van Kyfe que emigró a los Estados Unidos, huyendo precisamente de Ia venganza de Brockton.

—Entonces, usted cree en la leyenda.

—Firmemente.

—Y... ¿no siente miedo...?

Neil sonrió.

—Venga conmigo, por favor.

Ella le condujo hasta la parte posterior de! jardín de su casa. Al pasar por la cocina, cogió algo que parecía un extintor de incendios, un tubo de brillante

color rojo, con una boquilla de forma cónica, cuya parte más angosta se hallaba en e! extremo superior del tubo.

—Ahora va a ver algo interesante —dijo Neil—. Fue idea de mi padre, quien hizo que lo construyeran especialmente para él. Bueno, tengo algunos ejemplares más en distintos sitios de la casa. Precauciones, ¿sabe?

—Sí, me parece lógico —convino el joven.

—Mi padre dijo que sólo había una forma de derrotar a Brockton, caso de que apareciese algún día. Ahora verá.

Neil dio media vuelta a una llave y luego apretó un resorte. Algo rugió ensordecedoramente.

Estupefacto, Forbes contempló la llama alargada, de más de tres metros de longitud, que despedía un calor intolerable. Neil, pese a su delicado aspecto, sostuvo firmemente el singular lanzallamas, aunque lo apagó a los pocos segundos.

En unos instantes y, en aquel lugar, la atmósfera se había caldeado extraordinariamente. Forbes sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—No cabe duda, es un arma muy efectiva —dijo.

Neil dio media vuelta y él la acompañó. Al llegar al salón, Neil buscó una botella y hielo.

—Brockton se llevará una sorpresa si, por casualidad, se le ocurre hacerme una visita. Perdón —dijo de repente—, no eres tú Howard Forbes, autor de Viaje de ida y vuelta por la mente de Sata ni

—Me declaro culpable y solicito clemencia del tribunal —contestó el joven.

Neil se echó a reír y le puso una copa en la mano.

—El tribunal te absuelve y espera que sigas escribiendo más libros como el mencionado —dijo—. Hay algo en ese libro tuyo que llamó especialmente mi atención. Más o menos decías que, todos, un mucho o un poco, tenemos en parte la mente del diablo. ¿No es así?

—Así es, aunque no pasa de ser una opinión personal, señora...

—Llámame Neil. —Ella fue al diván, se sentó y agitó una mano—. Ven a mi lado, Howard.

Forbes accedió. Neil le miró largamente.

—¿Soltero?

—Sí, en efecto.

—Y muy atractivo.

—Gracias.

—A veces, me siento muy sola, Howard.

—Eres muy hermosa, Neil. ¿No te sientes capaz de encontrar compañía?

—No de la clase que desean algunos, esto es, para siempre y viviendo a costa mía. La vida me ha enseñado mucho, Howard.

—Llámame Kipp, si no te importa —pidió él—. Entonces, a veces, necesitas compañía... para un rato.

—Depende de él.

—¿Quién es él?

—En este caso, tú,

Forbes contempló a la mujer unos instantes. Luego hizo una pregunta:

—¿Quién hay en la casa?

—Una sirvienta filipina. Pero no vendrá, a menos que la llame.

—No lo hagas, Neil.

Forbes se acercó a ella y le desabrochó la blusa. Debajo no había nada, salvo dos perfectas semiesferas, rematadas en unos vértices rosados, que él besó sucesivamente.

Neil se estremeció fuertemente. Luego, mientras con una mano mantenía apretada la cabeza del joven contra su seno perfumado, dijo:

—De todos modos, vamos a evitar una entrada inoportuna. Nos cerraremos con llave en mi dormitorio, querido.

Al despedirse, a una hora ya muy avanzada, Neil le dijo que se sentía muy agradecida y no sólo por el aviso de la presencia de Brockton en Estados Unidos.

—Quiero mostrarte mi gratitud con algo más que simples palabras —dijo.

Forbes se alarmó. «Ahora será capaz de entregarme un puñado de billetes», pensó.

Pero se equivocaba.

—Brockton es infernalmente listo y puede enterarse de que nos estás avisando —dijo—. Entonces, te buscará y... Tú podrás defenderte con la única arma capaz de derrotarle.

Y le entregó uno de sus lanzallamas.

CAPITULO V

Se sentía un poco cansado, después de dos semanas de incesantes movimientos, y decidió tomarse un descanso de dos o tres días en su cabaña. Cargó a «Duke» en el coche y emprendió el viaje de inmediato.

Cerca del mediodía, llegó a la cabaña. Le extrañó ver un automóvil parado frente a la puerta.

«Duke» ladró alegremente y corrió hacia la casa. La puerta estaba entreabierta, lo que permitió al animal entrar velozmente. Desde el exterior, Forbes oyó fuertes ladridos y una alegre voz de mujer.

—¡«Duke», precioso, cuánto celebro verte! Supongo que no habrás venido solo, ¿verdad?

—En efecto —dijo Forbes desde el umbral—, yo he acompañado a «Duke». Hola, lady Faith.

La joven se volvió. Estaba resplandeciente, con una simple camisa y unos vaqueros. El pelo, atado a la nuca con una cinta de vivo color rojo, le confería un aspecto juvenil realmente atractivo.

—Diríase que me estaba esperando —añadió él, tras una leve interrupción.

—Es viernes, así que me figuré que podía venir a pasar el fin de semana —contestó lady Faith—. Precisamente, iba a hacer algo de comida. Tendrás hambre, ¿no?

—Un poco.

—Entonces, prepararé almuerzo para dos. Me perdonas la intrusión en tu casa, supongo.

—Digamos mejor que me resigno—contestó Forbes.

Faith le miró intrigada.

—Parece que no te sientes demasiado satisfecho de verme —dijo.

—No es eso. Me engañaste, Faith.

—¿Cuál fue el engaño! —Dijiste que iba? a hospedarte en el Mountainmen. No lo hiciste.

—Ah, ¿estuviste investigando...?

—Me habías entregado un cheque de cinco mil libras. El dueño del hotel es amigo mío. Parece lógico que le hiciese alguna pregunta sobre ti, ¿no crees?

—Lo siento, Kipp.

—¿Qué te sucedió?

—Brockton me salió al paso. Tuve que escapar disparada. Si no piso el acelerador a fondo, ahora no estarías hablando conmigo.

Forbes entró, buscó en la alacena y se sirvió una copa,

—Era de noche. ¿Cómo supiste que Brockton te aguardaba? ¿Se dejó iluminar por los faros de tu coche?

—No. Percibí su olor. El sabía que yo estaba contigo. Debió de ver la copa, ¿recuerdas?

—Sí. Continúa, por favor.

—Creo que incluso puso tachuelas en el camino para reventarme alguna rueda. Al día siguiente, en una estación de servicio, me repararon un pinchazo. Uso neumáticos sin cámara; eso permite aguantar mucho a la rueda, antes de quedarse totalmente sin aire. El mecánico dijo que había sido un clavo bastante largo.

—Comprendo. Ahora, sin embargo, no has temido venir aquí.

—Creo que él no se imagina que estoy en tu casa. De todas formas, estoy preparada.

Faith abandonó un momento la cocina, buscó su bolso y enseñó un revólver.

—Lo emplearé si es necesario —manifestó resueltamente.

—No te servirá de nada —dijo él.

—¿Por qué?

—Brockton es un vivo-muerto. Tiene que ser inmune a las balas y al cuchillo. Sólo hay una forma de acabar con él.

—¿Cuál, Kipp? —preguntó Faith con curiosidad.

—El fuego.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado alguien que sí está bien enterado de lo que se debe hacer en caso de un encuentro con Brockton. ¿Sabes?, encontré a tres personas de la lista. Una de ellas, sin embargo, ya ha muerto.

Faith asintió.

—Lo sé. Lo leí en los periódicos —dijo tristemente.

—Era una mujer muy agradable —murmuró Forbes—. No sé cómo pudo dejarse sorprender...

—Brockton es muy listo. ¿Qué hay de los otros dos?

—Hooper es un hampón. Tiene un garito de marca y me echó a la calle de mala manera. No quiso hacerme caso.

—¿Y el otro?

—Es Neil Van Kyfe. Ella fue quien me dijo lo del fuego y me regaló un pequeño lanzallamas.

Faith respingó:

—¡Un lanzallamas!

—Está en el coche y no pienso abandonarlo. Vendrá conmigo dondequiera que yo vaya.

—Haces muy bien —aprobó ella—. ¿Todavía sigues enfadado conmigo?

—Si en aquel momento te hubiese encontrado... no sé lo que habría hecho. Cuando regresaba de Euston East, se me ocurrió acercarme a Scarlett House. Entonces vi a Brockton y a su sobrino o lo que sea, cavando en el jardín.

Los ojos de Faith se abrieron como platos.

—Sin duda creíste que me había asesinado y que cavaban mi tumba.

—Así fue. En realidad, habían tenido una avería en la conducción de agua y estaban buscando el punto de rotura. No puedes imaginarte el rato que pasé, aguardando la llamada del jefe de Policía.

—¿Qué te dijo?

—Se puso por las nubes. Yo...

Faith le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Pobrecita —dijo—. Pasaste tan mal rato por mí... Anda a lavarte las manos; el almuerzo estará en seguida. Ensalada, verdura, patatas cocidas y unas chuletas que, de grandes, parecen de dinosaurio.

Forbes se echó a reír.

—¿Me has tomado por Pedro Picapiedra?

Comieron con magnífico apetito. «Duke» fue obsequiado con un hermoso hueso. Al terminar, ella sirvió café y licores.

—Eres una perfecta ama de casa —elogió Forbes.

—La canción moderna no es incompatible con la cocina.

—Ni con un título de nobleza.

Faith hizo una mueca.

—Lo tengo, pero lo uso raramente.

—Salvo cuando actúas, que te haces llamar Lady Lou.

—Lou es abreviatura de mi segundo nombre. Yo me llamo Faith Louise Stephanie. Este sonaba demasiado largo y el otro parecía excesivamente aristocrático. Decidí quedarme en Lady Lou.

—Sí, además, resulta hasta... erótico.

Ella le miró oblicuamente.

—No empieces a pensar en un fin de semana especial, ¿eh?

Forbes se puso una mano en el pecho.

—Soy un caballero —protestó.

—Ah, los caballeros ¿no... son inmunes a las tentaciones de la carne?

—Faith, no me lo pongas difícil. De todos modos, dormiré en el exterior y así te sentirás tranquila.

—Confío en tu palabra. A propósito, he averiguado dónde vive el cuarto nombre de la lista.

—¿De veras?

—Sí. ¿Te gustaría acompañarme? Quizás, si vamos juntos, no se sienta tan escéptico...

«Duke» se levantó repentinamente y corrió hacia la puerta, ladrando desaforadamente. Forbes y la muchacha miraron en aquella dirección.

* * *

Forbes se levantó y agarró al perro por el collar. Faith corrió hacia una de las ventanas.

—No veo a nadie —dijo.

—«Duke» no ladra sin motivo —alegó él—. Voy a ver...

—Espera, toma mi revólver.

Forbes vaciló un instante.

—Quizá era un inofensivo paseante —dijo—. Pero tienes razón, el arma no

estorba.

Ella le entregó el revólver. Forbes salió fuera de la cabaña, siempre sujetando al perro, que no dejaba de ladrar.

—Cálmate, «Duke», vamos, calla ya...

El animal se calló, pero seguía gruñendo sordamente, con el pelaje erizado. Forbes continuó sujetándolo, temeroso de que, si lo soltaba, pudiese escapar en persecución de alguien ajeno a todo.

Pasados unos momentos, el perro dio señales de tranquilizarse.

—No hay nadie —dijo Faith, a espaldas del joven.

—Y, sin embargo, alguien ha estado aquí —contestó él—. Bien, voy a entrar el equipaje... ¡«Duke», a casa!

El animal obedeció mansamente. Forbes se acercó a su coche. Cuando se disponía a abrir el portaequipajes, percibió cierto olor.

—¡Faith! —gritó.

La muchacha acudió corriendo. Forbes la miró intensamente.

—Huele, Faith.

Ella palideció de pronto.

—¡El! ¡Ha estado aquí!

—Indudablemente. Ese olor que le acompaña es muy persistente. De haber estado en una habitación cerrada, no lo podríamos soportar. Pero aquí sopla la brisa casi constantemente y lo ha disipado prácticamente del todo.

Forbes se agachó y olió la tapa del maletero.

—Aquí se nota con más intensidad —añadió.

—Kipp —dijo ella, con voz estrangulada por el temor—s mira. Su mano ha quedado marrada en la tapa.

El joven se estremeció. Había una buena capa de polvo en el coche y se divisaba con toda claridad la señal de una mano.

—No sé qué diablos podría buscar... Imagino que no es un ladrón, aunque tenga otros defectos —dijo.

De repente, concibió una sospecha que le hizo sentir un escalofrío. Abrió el maletero y, en el acto, lanzó una exclamación:

—¡Se ha llevado el lanzallamas!

* * *

Las sombras de la noche cayeron sobre la tierra. Faith se levantó y encendió las luces. Forbes puso un par de troncos en la chimenea.

La muchacha se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—De todas formas, no tenemos por qué sentir temor —dijo—. Está «Duke» y su instinto es el mejor sistema de alarma que podríamos desear.

Forbes asintió.

—Lo sé. Sin embargo, Io que me preocupa es que se haya enterado de que e! fuego es la mejor manera de combatirlo.

—Vive desde hace doscientos cincuenta años. Ha tenido tiempo de

aprender muchas cosas, Kipp arguyó la muchacha.

—¿También el manejo de un lanzallamas? Perdona, no es una frase correcta. Lo adecuado es decir: ¿Cómo supo que yo podía tener un lanzallamas?

—¿Te has preguntado, acaso, si ha estado con la señora Van Kyfe?

Forbes se sobresaltó enormemente.

—¡Dios mío, es cierto! —exclamó, a la vez que echaba a correr hacia el teléfono.

Momentos después, se sentía más tranquilo al oír la voz de Neil.

—No te preocupes, yo estoy bien... ¿Qué te ha robado el lanzallamas? Pero, ¿cómo demonios pudo saberlo? Descuida, haré averiguaciones... Pediré que me hagan unos cuantos más. Sí, el director de la fábrica era muy amigo de mi padre... Creo que los tendrá listos en un par de días... Ya te avisaré, Kipp. Gracias por todo.

Forbes colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—No le ha ocurrido nada —dijo.

—Respiro —confesó Faith—. Kipp, creo haberte dicho que he encontrado a la cuarta persona de la lista.

—Es cierto. Pero nos interrumpieron en aquel momento...

—Se me está ocurriendo una cosa: ¿por qué no vamos a verle juntos?

Forbes consideró la proposición.

—¿Cuándo?

—Mañana, por ejemplo.

—¿Vive muy lejos?

—A unos ciento cincuenta kilómetros. Un par de horas de viaje.

—Conforme. Saldremos después del desayuno.

—Es curioso —dijo ella de pronto.

—¿Sucede algo?

—Esa cuarta persona es una mujer, Belle Sandoval. Hace algunos años, actuamos juntas. Volvimos a vernos hace seis meses, más o menos, y entonces me dijo que iba a actuar en el local de un tal Hooper. Pero ahora, por lo visto, no trabaja, aunque desconozco los motivos.

—Ella nos los explicará mañana, espero —dijo Forbes.

—Sí, aunque me pareció una mujer bastante segura de sí misma y poco amiga de ciertas cosas. Por eso, quizá, dejó a Hooper.

CAPITULO VI

Los dos esbirros registraron meticulosamente al visitante Uno de ellos, arrugó la nariz.

—¿Se baña en colonia, amigo?

—Me gusta el buen perfume —contestó Brockton secamente—. ¿Puedo, a mi vez, hacerle una pregunta?

—Hágala —sonrió el guardaespaldas.

—¿Le pagan para que diga estupideces?

El hampón se puso rígido.

—Oiga, no le consiento...

—Apártese —ordenó Brockton fríamente.

El hombre, amedrentado, obedeció. ¿Qué había tras aquellas pupilas que parecían cartones encendidos?

—Sí, sí, señor... Pase, el señor Hooper le está aguardando...

Abrió la puerta y se echó a un lado. Brockton entró en el despacho y se detuvo frente a la mesa ocupada por Hooper.

Este le apuntaba con una pistola.

—¿Sir Percival Brockton?

—El mismo.

—El otro día me contaron una historia fantástica acerca de usted. No la creí —dijo Hooper.

—Hizo bien —contestó Brockton inexpresivamente.

—Gracias. Ahora, dígame lo que desea de mí. Sea breve.

—¿Quién le contó esa absurda historia sobre mí, señor Hooper?

—Un chiflado. Dijo que se llamaba Forbes o algo por el estilo. ¿Lo conoce?

—Personalmente, no.

—Muy bien, tampoco importa demasiado. ¿Qué más desea decirme?

—Casi lo hemos hablado todo ya. Así, pues, usted no cree en la historia.

—Ya le he dicho que no —contestó Hooper malhumoradamente—. Nunca creo en las fantasías estúpidas...

—Si fuese cierto, ¿qué diría usted?

Hooper miró a su visitante con aire incrédulo.

—¿Ha venido a burlarse de mí?

—Al contrario, estoy hablando completamente en serio.

Hooper apretó los labios. De pronto, alargó la mano y pulsó un botón.

—Otro chiflado más, al que voy a poner de patitas en la calle —gruñó malhumoradamente.

Pero la puerta no se abrió. Furioso, Hooper, volvió a apretar el botón, con el mismo resultado negativo.

—No le oirán —dijo Brockton.

—Maldita sea... ¡Gritaré!

—No le servirá de nada.

Hooper miró un instante al hombre alto y casi esquelético que tenía frente a sí. De pronto, sin saber cómo, se encontró sin la pistola.

Fríamente, Brockton dijo:

—Es una lástima, pero con usted no podré emplear las manos. Tiene un cuello muy grueso, asquerosamente grueso...

Hooper empezó a gritar cuando el alambre de fino acero se enroscó en torno a su cuello.

Transcurrió mucho rato. Los guardaespaldas empezaron a impacientarse.

Uno de ellos se decidió a abrir. Entonces vio a Hooper, tendido en el suelo, con la cara amoratada y un cable alrededor de la garganta.

El cable se había hundido profundamente en la carne y en algunos lugares se veía sangre. En el despacho flotaba un horrendo olor a cadáver.

* * *

Era una mujer de unos veintiocho años, muy atractiva, de pelo castaño, muy bien cuidado, y sonrisa acogedora. Sirvió el té a sus visitantes con gran distinción y luego miró a la muchacha.

—Hacía tiempo que no nos veíamos, Faith.

—Nos separamos en Liverpool —contestó ella—. Fue cuando te contrató Hooper...

—En efecto. Era un buen contrato y acepté sin pensármelo dos veces. Pero luego tuve tiempo de pensar mucho.

—¿En qué, Belle? —preguntó Forbes.

—En la clase de hombre que era Hooper y en el ambiente de su local. Al cabo, decidí que nada de aquello me gustaba

—¿Ni siquiera Hooper? —sonrió Faith.

—Hooper menos que nada y que nadie —respondió Belle—. El contrato era por tres meses y lo cumplí escrupulosamente. Al terminar, me negué a renovarlo, pese a la mejora económica que me prometía Hooper.

—¿Aumentaba mucho tus honorarios?

—El ciento por ciento, aunque con una condición inaceptable.

—Entiendo. ¿Quería que tú...?

—Es un ser repugnante y no precisamente por su aspecto físico. No habría accedido ni por cien veces más la suma que me ofrecía.

—Bueno, ¿y qué haces ahora? —Preguntó Faith—. No veo que trabajes...

—Es que lo he dejado. Me voy a casar.

—¡Caramba, qué sorpresa! —Exclamó Faith—, Lo celebro sinceramente, Belle, puedes creerme.

—El no pertenece a este mundo y yo me sentía ya un poco cansada de rodar de un sitio para otro. Me propuso matrimonio y, como he visto que es un hombre maravilloso, acepté muy pronto.

—Te felicito —dijo la muchacha—. Avísame cuándo es la boda para

hacerte un buen regalo.

—Descuida, Faith.

Forbes tosió.

—Perdonen las señoras... Creo que deberíamos hablar de otro temas no digo más interesantes, aunque sí más apremiantes. ¿Les parece bien?

Faith sonrió.

—Sí, hombre —contestó—. Anda, explícale a Belle lo que hay.

—Estoy enterada de lo que sucede —declaró la excantante.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Faith.

—Tú me dijiste algo hace tiempo. Yo, aquí, he hecho algunas investigaciones por mi cuenta. También escribí a Inglaterra... Al fin, llegué a conseguir un resumen de la historia de Brockton y de mis antepasados.

—¿Cree usted en esa historia, Belle? —preguntó Forbes.

—Me siento escéptica, aunque, en el fondo, pudiera haber algo de realidad. Pero hay cosas que me resultan imposibles de admitir.

—¿Por ejemplo?

—La edad de Brockton. Es imposible que haya vivido dos siglos y medio.

—Hizo un pacto con el diablo...

—¿Lo hizo el diablo con él? —sonrió Belle.

—Vamos, no irá a decir que el diablo le consideraba un personaje insignificante —exclamó Forbes.

—Muchos hoy en día hacen pactos con el diablo. Hooper es uno de ellos.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Su conducta lo dice bien a las claras, ¿no?

—Eso es diferente, ¿no te parece, Kipp?

Forbes hizo un gesto vago.

—No se puede decir que su local sea una cartuja, precisamente —contestó—. Bien, Belle, está advertida de la situación. Supongo que tomará sus precauciones.

—No temo a Brockton —contestó la aludida.

—¿Tienes algún medio de combatirle? —preguntó Faith.

—Si ha hecho un pacto con el diablo, como dices, retrocederá ante esto —dijo Belle, a la vez que extraía del seno una crucecita de oro—. No se atreverá a tocarme, cuando se la enseñe.

—Es un arma muy poderosa, en efecto, pero no se descuide —aconsejó Forbes.

—No me descuidaré —prometió la joven.

De pronto sonó el timbre.

—¡Ah, debe ser mi prometido! —exclamó.

Belle se puso en pie, cruzó la estancia y abrió la puerta. Un hombre joven, de aire más bien tímido, apareció en el umbral con un gran ramo de rosas en las manos.

Era bastante guapo, apreció Faith, alto y de esbelta figura, con el cabello muy rubio, peinado con raya, lentes de cerco de acero y un fino bigotito rubio.

Parecía un joven profesor universitario, pensó la muchacha.

—Hola, querido —saludó Belle—. Permíteme que te presente a dos buenos amigos. Lady Faith Healey-Trent, Lady Lou en el mundo de la canción, y Kipp Forbes. Faith, Kipp, mi prometido, Fern Ellis.

—¿Qué tal? —saludó la muchacha.

—Encantado, señor Ellis —dijo Forbes.

Belle se apoderó de las flores.

—¡Qué bien huelen! —exclamó—. Fern, tienes un gusto exquisito —alabó —. ¿No te parece, Faith?

—Son preciosas, en efecto —convino la aludida—. Señor Ellis, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte? —preguntó súbitamente.

—No lo creo —contestó Ellis—. De lo contrario, la habría reconocido de inmediato. Una cara como la suya no se puede olvidar jamás, lady Faith.

La muchacha rió, halagada.

—Tu futuro vale lo que pesa en oro, Belle —dijo—. Bien, no te queremos molestar más; supongo que estarás deseando quedarte a solas con el hombre de tu vida. ¿Vamos, Kipp?

—Sí —contestó el joven—. Ha sido un placer, Belle, señor Ellis...

Forbes y Faith salieron de la casa. En el ambiente se notaba todavía el olor de las rosas.

—¡Qué aroma tan delicioso! —exclamó ella.

—Sí, mucho. Y muy distinto de otro que hemos percibido en ocasiones mucho menos agradables, ¿no te parece?

El ascensor les llevó a la planta baja. Salieron a la calle y se dispusieron a entrar en el coche del joven.

—De todos modos, juraría haber visto a Fern Ellis en alguna parte — insistió Faith.

—Vamos, no te atormentes —dijo él en tono chancero—. Te parece haberlo visto, que no es lo mismo. Sucede a veces y es porque una cara nos recuerda a la de alguien que conocemos. ¿A quién te recuerda la de Ellis?

Faith no contestó. Parecía sumida en profundas meditaciones. Forbes se dio cuenta de que la muchacha buceaba en lo más hondo de su memoria.

El coche había recorrido unos mil metros cuando, de pronto, Faith lanzó una exclamación:

—¡Para, Kipp!

Sorprendido, el joven tardó unos segundos en reaccionar, aunque acabó por llevar el coche junto a la acera.

—¡Faith, no me des esos sustos! —rezongó—. ¿Qué pasa ahora?

Ella tenía las cejas muy juntas.

—Recuerda, hemos dicho que el olor de las rosas es muy distinto del que hemos percibido en otras ocasiones nada agradables.

—Sí, y es la pura verdad. No se pueden comparar...

—Pero las rosas de floristería no llenan de golpe el ambiente de una habitación con un aroma que permanece hasta en el corredor. Esas flores

habían sido impregnadas de esencia artificial.

—¿Estás segura?

—Absolutamente, sobre todo, porque ya he recordado dónde he visto a Ellis.

—¿De veras? —preguntó él, un tanto escéptico.

—Sí. Lo vi a bordo del *Arcania* y entonces se llamaba Prosper Layne.

Faith tenía los nervios a punto de estallar. Terriblemente excitada, agregó:

—¡Pronto, Kipp; volvamos a casa de Belle antes de que sea demasiado tarde...!

—Un momento, por favor —rogó él—. No nos tomemos las cosas a la ligera. Ellis es el prometido de Belle, desde luego, pero, me parece, hace poco tiempo, que...

—¿Poco tiempo? El *Arcania* llegó hace más de tres meses. ¿No crees que es tiempo más que suficiente para que un hombre pueda conquistar el corazón de una mujer? Sobre todo, si es como Belle, tan fácilmente influenciable... ¡Por favor, Kipp, volvamos cuanto antes!

—Está bien. Como no sea cierto lo que dices, tendrás que buscar una buena excusa para que acepten nuestras disculpas.

—Déjalo de mi cuenta. Ojalá tenga que disculparme; es lo mejor que podría suceder, Kipp.

—Pero... no sé, me parece que el aspecto de Prosper no puede haber cambiado tanto...

—Tenía el pelo castaño, no usaba gafas ni tenía bigote. ¿No te parece un disfraz perfecto?

Forbes maniobró para dar la vuelta, cosa que consiguió no sin dificultades. Minutos después, se apeaban en el mismo sitio y corrieron al ascensor.

Cuando llegaron al piso donde residía Belle, lo primero que notaron es que se había evaporado el perfume a rosas. Otro olor, muy poco intenso, sin embargo, se percibía en el corredor.

Faith se puso pálida. Forbes, más resuelto, empujó la puerta y dio unos cuantos pasos en el interior, deteniéndose inmediatamente.

—No entres, Faith.

A pesar de la orden, ella pudo ver el cuerpo de su amiga, tendido en el suelo con las piernas dobladas, casi bajo el cuerpo.

El hedor a muerto era insoportable. Forbes se preguntó qué era lo que provocaba aquel insufrible olor, después de cada asesinato. Luego, lentamente, fue al teléfono y sacó un pañuelo, para evitar borrar huellas dactilares.

—Hay que llamar a la Policía —dijo.

Faith asintió. De pronto, se volvió de espaldas y rompió a llorar.

No podía seguir mirando el rostro horriblemente deformado de Belle, del que había desaparecido todo rastro de hermosura. Un delgado cordón de seda enrollado en torno a la garganta había obrado aquel cambio.

Estremecida por los sollozos, pensó que, a pesar de sus esfuerzos, sir

Percival Brockton estaba ejecutando la venganza prometida más de doscientos años atrás.

CAPITULO VII

Neil Van Kyfe recibió a los dos jóvenes con gran amabilidad, pero también sumamente preocupada.

—Es horrible —dijo—. Tres de las personas que figurábamos en la lista han muerto ya. Confieso que me sentía un poco incrédula, pero ahora empiezo a pensar que tal vez sea cierta la leyenda de sir Percival Brockton.

—«Es» cierta, señora —afirmó Faith—. Esas muertes lo prueban sin lugar a dudas.

—Y él en persona las ejecuta...

—Creemos que fue Brockton el que mató a Cynthia Fenergan y a Hooper —intervino Forbes—. En cuanto a Belle Sandoval, fue su sobrino, Prosper Layne, sin lugar a dudas.

—Pudo escapar, pero, ¿cómo? —quiso saber Neil.

Forbes se encogió de hombros.

—Desde nuestra partida hasta el regreso pasaron casi diez minutos. Tuvo tiempo más que suficiente para matar a Belle y marcharse sin que nadie notase nada extraño.

—El conserje del edificio declaró que le vio salir y que le pareció que había hecho una visita muy breve a su prometida, pero no le preguntó nada. En esa casa, la norma es la discreción más absoluta —dijo Faith.

—Comprendo. Bien, tendré que reforzar mis medidas de precaución —sonrió Neil—. Aparte de los lanzallamas, he contratado a un guardaespaldas muy experto.

—Es una buena idea —aprobó el joven.

—Kipp, tengo preparados los dos lanzallamas. ¿Es verdad que Brockton te robó el primero que te di?

—Sí, y no le pillamos por segundos. No creo que se atreva a volver de nuevo por mi casa. ¡Le abrasaré vivo!

—¿Piensas volver allí?

—Desde luego, aunque sólo por unos pocos días. Estoy esperando noticias del paradero de las otras tres personas de la lista. Apenas conozca la dirección de uno de ellos, iré a visitarle.

—Iremos, Kipp —puntualizó Faith.

Neil hizo un leve gesto de desagrado, que no pasó desapercibido para la muchacha. Sin embargo, se abstuvo de comentar nada.

La sirvienta filipina llegó con los dos lanzallamas. Forbes preguntó por su importe.

—Me sentiría muy incómoda si te cobrase algo —respondió Neil—. Estoy pagada suficientemente, con el aviso que me diste sobre la presencia de Brockton en el país.

—Gracias, no lo olvidaré.

—Si no te importa, regresaré contigo a la cabaña —dijo Faith, cuando ya

se acomodaban en el automóvil—. Creo que no estaría segura en otra parte.

—Muy bien. Y, si te parece, mañana haremos una excursión a los alrededores de Scarlett House. ¿Qué te parece?

De pronto, Faith levantó una mano.

—Kipp, ¿te das cuenta de que aún no sabemos por qué están en Scarlett House?

—Bueno, es como una especie de cuartel general, donde residen cuando no realizan una de sus funestas correrías...

—Sí, pero, ¿quién es el dueño? ¿Ellos? ¿O han alquilado la casa por una temporada?

—No lo sé. Podemos preguntarlo en Euston East. Alguien tiene que saber allí a quién pertenece Scarlett House.

Otherby, el dueño del Mountainmen, les envió a un agente de fincas, llamado Nicholas McMasters. El hombre, con la recomendación de Otherby, no tuvo inconveniente en responder a sus preguntas.

—La casa está alquilada por un año, al precio de dieciocho mil dólares —dijo—. Pagaron por adelantado, desde luego.

—Entonces, no les pertenece.

—No. Scarlett House es de la señora Hopewell, una mujer madura, que se quedó viuda hace algunos años. La heredó de su padre y querría venderla, pero no ha encontrado compradores hasta ahora. Por tanto, y a fin de obtener algún beneficio, consintió en que la alquilase.

—Sin duda, la leyenda de aquellos crímenes pesa sobre la casa —dijo la muchacha.

—Algo hay de eso, en efecto —reconoció McMasters—. Pero otro defecto es que resulta muy grande, con muchas habitaciones, y necesita bastante servicio, lo cual, hoy en día, es poco menos que prohibitivo. Los que tienen dinero suficiente encuentran que Scarlett House no está en una región muy concurrida... Ah, si estuviese en la Costa Azul...

Forbes sonrió al escuchar los lamentos del agente de fincas.

—Todo influye, sin duda. Pero, ¿qué fue lo que pasó exactamente en Scarlett House?

—Nunca se ha sabido con certeza. Se murmuran cosas acerca de orgías diabólicas, que quizá fuesen, simplemente, orgías de alcohol y sexo... En todo caso, un buen día aparecieron muertos el dueño de la casa y su mujer, así como la hermana de ésta y su pretendiente. A éste se le encontró colgado de un montante del cuarto de baño. Se supone que mató a los otros tres, acaso en un acceso delirante, debido a la acción conjunta de las drogas y el alcohol y que luego, al recobrar la cordura, se horrorizó de lo que había hecho y se suicidó.

—Horrible —calificó Faith.

—El dueño, su esposa y la hermana de ésta murieron salvajemente acuchillados —añadió McMasters—. No quiero entrar en detalles, porque resultaría demasiado morboso, pero sé de dos policías que vieron el cuadro y

que tuvieron que darse de baja un par de semanas.

—Sí, tuvo que ser espantoso —convino Forbes.

—Lo curioso del caso es que los dueños de Scarlett House tenían una gran cantidad de joyas, que luego no se encontraron. Alguien ha mencionado unos seiscientos mil dólares, pero no apareció ni siquiera una modesta sortija de doscientos dólares.

—Bueno, pero ahora la dueña es la señora Hopewell. ¿Cómo llegó la casa a su poder?

—Su padre era hermano del anterior propietario, el que murió asesinado y, aunque no se hablaban, precisamente por la clase de vida que llevaba el difunto, era también su único pariente y heredó la casa de un modo que podríamos decir forzoso. Quiso venderla, pero no lo consiguió. Murió hará un par de años y Scarlett House pasó a poder de su viuda.

—Esto ha quedado aclarado —sonrió Forbes—. Por último, ¿cómo se llaman los actuales inquilinos de Scarlett House?

—El más viejo es sir Percival Brockton. El otro es su sobrino Prosper Layne. El sobrino llegó bastante delicado de salud, pero ya se ha recuperado considerablemente. En cambio, sir Percival ha decaído bastante y casi no es ya ni sombra de lo que era cuando lo vi por primera vez.

Forbes se puso en pie.

—Le damos las gracias, señor McMasters.

—Y le rogamos disculpe el abuso que hemos hecho de su tiempo —añadió Faith con una deliciosa sonrisa.

—Al contrario, ha sido un placer —contestó el agente de fincas.

Faith y el joven regresaron al coche.

—Está sucediendo lo que te dije —habló ella momentos más tarde—. Sir Percival quiere perpetuarse en su sobrino.

—¿Quieres decir una especie de reencarnación?

Faith asintió.

—Aproximadamente —contestó.

—Así haría realidad la leyenda, ¿no?

—Eso es lo que pienso. Ha podido vivir tantos años, pero, a pesar de todo, el organismo empieza a flaquear. Y quiere continuar viviendo otro tanto tiempo en el cuerpo de un hombre joven y apuesto, como es Prosper.

—Quien, también, es un asesino.

—Seguramente lo hizo impulsado por la poderosa mente de sir Percival. No sé... —Faith se pasó una mano por la frente—. A veces, me siento confusa...

Forbes apretó suavemente su brazo.

—A mi lado estás segura —dijo.

Minutos más tarde, avistaban la cabaña.

—Es raro —exclamó él—. No oigo ladrar a «Duke».

—Kipp, ¿cómo lo dejas solo tanto tiempo?

—Bueno, a veces me lo llevo. Cuando me es imposible, una mujer viene a

cuidarlo todos los días. Tiene un gran corral para sus expansiones y...

Forbes se apeó y avanzó hacia la cabaña, cuya puerta abrió sin pérdida de tiempo.

—«Duke», viejo amigo, ¿dónde estás que no sales a recibirme...?

Faith, que seguía al joven se dio cuenta de la súbita interrupción. Luego, le oyó susurrar, en tono entre doliente y furioso:

—Oh, no, eso no...

La muchacha dio unos pasos y se detuvo al ver al perro, inmóvil en el suelo, tumbado de costado y con los ojos muy abiertos. Los flancos del can se advertían completamente quietos, sin respiración.

Forbes se arrodilló junto al perro y acarició su cabeza.

—Pobre amigo, ¿por qué han hecho eso contigo? ¿Qué culpa habías cometido tú, si no era la de estar a mi lado?

Faith se mordió los labios para no echarse a llorar. Al cabo de unos segundos, Forbes, con el rostro contraído, se puso en pie.

—Buscaré una pala para enterrarlo —dijo.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Es una canallada —calificó duramente.

De pronto, vio que los ojos del joven se dilataban. Antes de que pudiera preguntarle nada, vio que Forbes pasaba por su lado y, acercándose a la puerta, desclavaba algo que había en el lado interior.

Era una cuartilla y en ella, con grandes letras mayúsculas, figuraba un mensaje nada agradable:

DEJEME EN PAZ O SEGUIRA EL MISMO CAMINO QUE SU MALDITO PERRO

Forbes estrujó el papel con la mano. Luego, mirando a lo lejos, exclamó:

—Maldito Brockton, un día te juro que me pagarás esto que has hecho con el pobre «Duke».

* * *

Los dos hombres salieron al jardín, en una mañana en que las nubes estaban ausentes y brillaba un sol radiante. Ambos portaban útiles de jardinería, pero sólo uno de ellos empezó a manejar la azada.

—Les gusta cuidar las flores —dijo Forbes, que contemplaba la escena a través de unos prismáticos.

Faith tenía también unos binoculares y su opinión fue muy distinta de la del joven.

—Eso que están haciendo no parece jardinería —contradijo.

—¿No? Oye, no irás a decirme que han sufrido otra avería en la conducción de agua —exclamó él sarcásticamente.

—Buscan algo —afirmó la muchacha.

—Un tesoro.

—¿Por qué no? McMasters mencionó las joyas que no han sido encontradas.

—Ah, pero, ¿las necesita sir Percival? Un hombre que hizo pacto con el diablo, no puede necesitar de esas joyas.

—Kipp, el pacto fue hecho sobre la base de la prolongación de su existencia, no de la riqueza. ¡Cuántos no querrían vivir cientos de años, aunque fuese sin un céntimo en el bolsillo! Andando el tiempo, adquirirían conocimientos suficientes para enriquecerse o, como en este caso, haber oído hablar de un tesoro y tratar de encontrarlo.

—Eso sí es cierto. Faith, ¿sabes?, se me ha ocurrido una idea.

—A ver, explícate.

—Brockton mató ayer a «Duke» y me dejó una nota intimidatoria. Voy a devolverle la pelota esta noche.

—¿Cómo?

El joven sonrió sibilinamente.

—Será mejor que nos volvamos a casa —propuso—. Tengo que empezar a trabajar para poder hacerlo esta misma noche.

—¿Quieres que me quede y siga vigilándoles?

—No, no quiero dejarte sola. Ahora ya nos figuramos que buscan las joyas de los Hopewell. Si las encuentran o no, eso no nos importa en absoluto.

—A la señora Hopewell si le interesaría —alegó Faith.

—Lo que defendemos, es decir, las vidas de varias personas, vale infinitamente más que esas joyas —contestó Forbes firmemente.

Volvieron a la casa. Forbes se aplicó al trabajo de inmediato. A la media tarde, ya había terminado. Faith lo vio y sonrió al comprender las intenciones del joven.

—Se llevarán una buena sorpresa —dijo.

—Lo podremos comprobar mañana por la mañana —respondió él.

—¿Cuándo piensas ir?

—Madrugaré mucho, todavía de noche; así me quedaré allí, para esperar a ver sus reacciones.

—Muy bien, pero, como de costumbre, iremos juntos, Kipp.

Forbes se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Eres animosa —elogió.

—Defiendo mi vida —contestó ella llanamente—. No temo a la muerte... cuando me llegue mi hora, pero no antes.

—Vivirás muchos años y sin necesidad de pactar con Satán —auguró Forbes.

CAPITULO VIII

Faith destapó el termo y vertió parte de su contenido en dos vasitos de papel. Forbes consultó Ía hora.

—Van a dar las nueve —dijo, impaciente.

—Calma. Ayer, si mal no recuerdo, salieron a las nueve y media.

Forbes tomó un sorbo de café, que le reconfortó notablemente. Las noches eran todavía bastante frías y llevaban allí más de cuatro horas.

Treinta minutos más tarde, se abrió la puerta de la casa. Brockton y Layne salieron, con las herramientas al hombro.

Repentinamente, se oyó un espantoso alarido.

Brockton tiró las herramientas al suelo y retrocedió, cubriéndose Ia cara con los brazos. A su lado, Layne contemplaba con ojos espantados la enorme cruz de madera que Forbes había hincado en el suelo, a veinte pasos de la puerta.

Brockton aullaba horriblemente y sus alaridos siguieron oyéndose aún después de haber vuelto a la casa. Layne, tras un momento de vacilación, avanzó hacia la cruz.

Alargó las manos. Era fácil apreciar el enorme esfuerzo que debía realizar para llevar a cabo sus propósitos. Pero cuando parecía que iba a arrancar la cruz, una fuerza desconocida le lanzó de espaldas al suelo.

Luego, a gatas, retrocedió y desapareció en el interior de la casa. Forbes dejó los prismáticos a un lado. ^

—Bueno, ahora me toca a mí —dijo.

Faith le miró aprensivamente.

—Ten cuidado —aconsejó.

—No te preocupes. Lo preparé todo muy bien. Recuerda que incluso hice un par de pruebas en casa, antes de venir a Scarlett House.

—A pesar de todo...

—Descuida.

El joven se puso en pie. De pronto, se mordió los labios

—Faith, Prosper estuvo a punto de arrancar la cruz, pero no lo consiguió. ¿Por qué?

—Está casi totalmente poseído por la mente diabólica de sir Percival —contestó ella tristemente.

—Se me ocurre una idea. ¿Y si buscásemos un sacerdote exorcista?

—Yo ya lo había pensado e incluso lo consulté con alguien experto en el tema. No serviría de nada.

—¿De veras?

—Fue sir Percival quién buscó al diablo, no éste quien tomó posesión de su cuerpo. Por tanto, sólo sir Percival podría romper el pacto... si quisiera. Pero le domina el ansia de vivir indefinidamente y no lo hará.

—Creo que tienes razón —murmuró Forbes—. Bueno, allá voy.

La muchacha le siguió con los prismáticos, conteniendo la respiración cuando vio que se acercaba a las proximidades de Scarlett House. A los pocos momentos, vio que el joven se disponía a iniciar la operación.

La cruz, de brazos bastante anchos, estaba simplemente hincada en el suelo, lo justo para mantenerse en pie, situada con toda exactitud frente a la puerta principal. En la parte posterior, de modo que no podía ser vista desde la casa, tenía una anilla, a la cual iba a parar un largo cordel,

La anilla estaba un poco más arriba del punto de intersección de los dos brazos de la cruz y el cordel, flojo, caía perpendicularmente, pegado al madero más grande, y luego iba por el suelo, casi completamente oculto por la hierba y la maleza. Para los que salían de Ia casa, resultaba imposible verlo, a menos que permaneciesen más rato en el exterior, cosa que no había sucedido con Brockton y su sobrino.

Forbes tensó el cordel y dio un tirón seco. La cruz cayó y empezó a arrastrarla hacia sí. Estaba seguro de no ser visto, porque le ocultaba un espeso arriate, al cual había llegado arrastrándose.

Momentos más tarde, tenía de nuevo la cruz en su poder. Desapareció entre la maleza y regresó junto a la muchacha.

—Te habrán visto?

—No lo creo. Debían de estar terriblemente amedrentados. Con toda seguridad, corrieron a refugiarse en alguna parte. Presiento que tardarán bastante en salir de nuevo.

—Pero saldrán.

—Eso es inevitable. Sin embargo, les vamos a turbar un poco.

—¿Cuáles son tus intenciones?

Forbes sonrió.

—¿Te parece una pequeña guerra de guerrillas?

—No entiendo...

El joven se cargó la cruz al hombro.

—Ya sabemos cuál es el arma que se puede emplear con toda efectividad para combatirles: el fuego. Ahora disponemos de otra, que nos permite rechazarles.

—Siempre que estemos advertidos de su llegada —objetó ella.

—No nos descuidaremos.

—Ahora no tenemos a «Duke»; era el mejor sistema de alarma con que podíamos contar —se lamentó Faith.

—Seguiremos adelante, sea como sea. Si supiéramos ya dónde viven los otros dos que quedan... En fin —suspiró el joven—; espero que la agencia de investigación me informe pronto del paradero de esas dos personas.

—Irás a verles, supongo.

—No lo dudes.

—Kipp, hay algo más que me ha intrigado mucho y que todavía no he logrado comprender —dijo Ia muchacha—. Selle se sentía protegida por la cruz de oro, pero no le sirvió de nada. Prosper la estranguló. ¿Qué es lo que

pudo suceder?

—Es bien sencillo —respondió Forbes—. Belle nos enseñó la crucecita y luego volvió a guardarla en el seno. Recuerda que Prosper entró y no hizo el menor gesto de repulsión, sencillamente, porque no la veía.

—Lo cual significa que conviene llevar la cruz a la vista.

—Exactamente. Ellos pueden verla y, hasta, si me apuras, soportar tu presencia, pero no podrán tocarte. Sir Percival retrocedió en el acto, espantado por la cruz que yo había colocado. Prosper pudo acercarse un poco y casi llegó a tocarla, pero no lo consiguió. Alguna vez habrán pasado por delante de una iglesia y no les ha sucedido nada.

—Me pregunto cuándo acabará esta pesadilla —murmuró Faith, sintiéndose muy pesimista.

—Hay una forma muy rápida de conseguirlo: abrasándolos vivos. Pero nos acusarían de asesinato.

—Entonces, ¿no podremos hacer nada? ¿Hemos de resignarnos a que sir Percival complete su venganza?

Los ojos del joven brillaron de pronto con una luz extraña.

—Hemos de hacer que ellos mismos se destruyan —respondió.

Pero aún no sabía cómo debería conseguirlo.

* * *

A la noche siguiente, fue a Scarlett House y, en un rasgo de audacia, entró en la casa y empezó a pintar cruces por todas partes. La pintura era fácilmente lavable, de modo que cualquier día podrían quitarse sin problemas.

Nadie le estorbó ni los ocupantes de la casa hicieron acto de presencia. Forbes regresó a Ia suya al filo de las seis de la mañana y se acostó un rato.

A las nueve, estaba sentado, desayunando en compañía de la muchacha.

—He estado en Scarlett House —declaró.

Faith le miró asombrada.

—¿En el interior de la casa?

—Sí.

—No te oí salir...

—Evité hacer ruido. Estuve pintando cruces por todas partes —sonrió él.

—Has empezado tu guerra de guerrillas —sonrió Faith.

—Eso es. —Forbes se limpió los labios—. ¿Qué te parecería un paseíto hasta Scarlett House, a ver qué resultado ha dado el primer «round»?

—No hay inconveniente, Kipp —accedió la muchacha.

Terminaron el desayuno y recogieron los cacharros. Luego emprendieron la marcha a campo través, como hacían por costumbre. Ello les ahorraba un buen trecho de camino.

Eran casi las once cuando avistaron Scarlett House. El edificio aparecía silencioso, sin el menor signo de actividad en su interior.

—No habrán podido salir de sus dormitorios —dijo él—. Pinté cruces en el

suelo, delante de todas las habitaciones.

—¿No te oyeron? —se asombró ella.

—Permanecen aletargados durante la noche. Eso creo que dijiste tú en cierta ocasión.

Faith asintió.

—Repelen la oscuridad, aunque no es que no se puedan mover de noche. Pero, por lo general, prefieren descansar, en espera del nuevo día, que ha de traerles la luz.

—Es decir, todo lo contrario de los vampiros clásicos, que no pueden vivir de día.

—No sé por qué será, pero así es, Kipp.

—En cambio, yo me figuro los motivos de su horror a las tinieblas —dijo Forbes.

—Explícate —rogó Faith.

—Brockton hizo un pacto con e! diablo para vivir muchísimos años. El que quiere vivir es que no quiere morir... —Elemental, querido Watson —dijo ella con soma.

Forbes no hizo caso de Ia interrupción y prosiguió:

—Y, el que no quiere morir, el que no se resigna a correr el destino común a todos los mortales, siente un horror infinito a la oscuridad de Ia tumba y, por extensión, a la oscuridad en general, esté donde esté.

—Un razonamiento muy lógico, aunque hay muchas personas que sienten horror a la oscuridad y no están aliadas con el diablo.

—Esos ya son casos patológicos, que no tienen nada que ver, excepto con la Psiquiatría. Quizá Brockton sienta vértigo; es probable que por tal razón viajase en barco hasta los Estados Unidos. Yo también soy propenso al vértigo y no por eso he hecho un trato con Satanás.

—Un argumento muy razonable —aceptó Faith—. Kipp, ¿qué sucede en la casa? No se observa el menor movimiento...

Forbes frunció el ceño.

El silencio era total. Las ventanas estaban cerradas.

—No creo que se hayan marchado...

—¿Y si se fueron?

De pronto, Faith lanzó una exclamación:

—Kipp, ¿pintaste alguna cruz en la parte posterior?

—No —respondió él—. Oh, Dios mío, qué tonto he sido...

Bruscamente, se puso en pie y echó a correr hacia la casa, sin importarle ser visto. Minutos más tarde, llegaba a la explanada posterior.

Había allí un cobertizo, destinado a cochera, pero no se veía ningún automóvil en su interior. Forbes fue a la puerta posterior y quiso abrir, pero la encontró cerrada con llave.

Tremendamente preocupado, dio la vuelta a la casa, a fin de entrar como fuese por la puerta principal. Seguido por la muchacha, llegó a la explanada anterior y entonces vio algo que le hizo detenerse, como herido por el rayo.

Había una cuerda, hecha con sábanas anudadas, que llegaba desde una de las ventanas hasta el suelo. Apoyada en la pared, se veía una escalera, situada de modo que se pudiera acceder a la ventana contigua.

—¡Se han marchado! —exclamó ella, desolada.

Forbes asintió silenciosamente.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Mi plan ha fracasado. Quisieron salir de sus habitaciones y vieron que les era imposible. Entonces, Prosper, ahora fuerte y robusto, hizo una cuerda con las sábanas y descendió al suelo, para ir a buscar luego la escalera, por medio de la cual pudo descender sir Percival.

—No se te ocurrió pintar cruces en las paredes, ¿verdad?

—Verás... Me pareció que me portaba como uno de esos que andan ensuciándolo todo con sus «slogans» de protesta... Además no quería causar problemas a McMasters. Pensé que lo mejor era pintar las cruces por dentro... y resulta que he fracasado miserablemente, porque esos dos demonios han escapado y ahora andan sueltos y dispuestos a cometer más crímenes.

—Kipp, ¿no se te ha ocurrido que podríamos avisar a la Policía? —sugirió Faith.

El joven se volvió.

—Cuando llegaste a Estados Unidos, ¿fuiste a la Policía o viniste a mí?

—Es verdad —asintió ella humildemente. Se retorció las manos—. Pero, ¿qué podemos hacer, Kipp?

—No lo sé, ya se me ocurrirá alguna idea. Mientras tanto, regresemos a casa y... ¡Espera, creo que ya lo tengo!

Faith le miró esperanzada.

—¿Has oído hablar del doctor Grabneil? —preguntó él.

—No, nunca. ¿Quién es?

—Oíste hablar de mí y no de Grabneil, la máxima autoridad mundial en demonología. Resulta chocante, ¿no?

—Quizá los libros que ha publicado, si acaso ha publicado alguno, no han tenido tanta resonancia como los tuyos —alegó Faith.

—Es probable, pero, en todo caso, vamos a verle lo antes que podamos. El nos dará consejos para encontrar a esos dos demonios y combatirlos definitivamente.

CAPITULO IX

Después de escuchar el relato que le hicieron los dos jóvenes, el doctor Grabneil sacó su pipa, empezó a llenarla y se arrellanó en su sillón.

Durante unos momentos, sólo hubo silencio en el gabinete de trabajo, atestado de libros y papeles por todas partes. Faith había podido leer algunos de los títulos en las estanterías. Casi todos ellos tenían alguna relación con el asunto que les había llevado hasta aquel experto en demonología.

La pipa de Grabneil se encendió al fin satisfactoriamente y su dueño rompió el silencio:

—A mi entender, sólo hay un medio para sorprender e inmovilizar a esos dos demonios —dijo.

—Explíquelo, doctor —pidió el joven ansiosamente.

—Es obvio que, por la noche, prácticamente no pueden moverse. No digo que, en alguna ocasión, no abandonen el lecho, pero deben realizar un esfuerzo sobrehumano, en especial sir Percival, cuya mente está sometida a un trabajo incesante, debido a sus deseos de prolongarse en el joven Prosper. Pero luego caen en un decaimiento que les obliga a guardar reposo durante muchas horas, quizá días enteros, incluso durante los períodos de luz.

—Creo que adivino lo que trata de decirnos —manifestó el joven—. Usted piensa que debemos combatirlos incesantemente...

—Oblíguenlos de algún modo a salir de noche. Tendrán que buscar ustedes mismos el procedimiento para arrancarles de la cama. Luego, inevitablemente, tendrán que regresar y estarán exhaustos, sin fuerzas. Entonces será llegado el momento de inmovilizarlos.

—¿Cómo? —preguntó Faith.

—La cruz... y agua bendita.

Forbes hizo un gesto de aquiescencia.

—Es una excelente idea.

—Les enviaré a un sacerdote amigo mío —dijo Grabneil—. El les proporcionará el agua bendita.

—Tendremos que llevar constantemente un frasco —dijo la muchacha.

—No; hay otro procedimiento mucho mejor —contestó Forbes—. ¿Y después, doctor?

Grabneil movió la mano ambiguamente.

—Ah, eso ya es cosa suya. Son ustedes mismos los que han de tomar una decisión con respecto a esos dos monstruos. Por supuesto, el fuego es el método ideal para exterminarlos. Pero eso puede presentar un inconveniente.

—Diga, doctor.

—Para la Policía, son personas de carne y hueso. Los agentes de la ley sienten escasa inclinación por las historias fantásticas y menos hacia las que tienen como protagonista el demonio. En el mejor de los casos, y después de un proceso nada agradable, podrían acabar internados en un manicomio para

el resto de sus días.
—¡Vaya una perspectiva! —dijo el joven, desolado.
—No es una perspectiva, al menos para mí —corrigió Faith—. Para mí, es un dilema. O me quedo quieta y dejo que Brockton me mate, o corro el peligro de verme encerrada para siempre detrás de unos muros.
—Yo ya no puedo hacer más —declaró Grabneil—. ¿Creen que mis declaraciones les servirían de algo? También a mí me tomarían por chiflado... en realidad, muchos piensan que lo soy. Excepto el padre O'Hile, que es quien les proporcionará el agua bendita.
Forbes se puso de pie.
—Gracias por sus consejos, doctor —dijo—. Ya encontraremos la forma de combatir a esos dos demonios.
—Pronto serán uno solo —indicó Grabneil.
—Combatiremos a Prosper —contestó el joven resueltamente.
Aquella misma tarde, ya tenían el agua bendita. Luego, con gran asombro de Faith, el joven se encaminó a unos grandes almacenes, a la sección de juguetes.
Cuando vio lo que compraba, comprendió en el acto la idea de Forbes y Ia estimó llena de acierto.
—Bien, ya tenemos casi lo principal. Ahora es el momento de buscar a sir Percival y a su diabólico heredero —dijo él.

* * *

La camioneta se detuvo ante la puerta de la residencia y un hombre joven, bien parecido, se apeó en el acto. Atravesó el jardín, con una caja de herramientas en las manos, y llamó a la puerta.
Una muchacha de tez aceitunada y ojos oblicuos, con traje negro y cofia blanca, abrió a los pocos momentos.
—Hola —dijo el hombre—. ¿Es la residencia de la señora Van Kyfe?
—Así es, en efecto. Si viene a arreglar algo, vaya por la puerta de servicio, buen hombre.
—Perdón, no había reparado...
—Dé la vuelta a la casa —señaló Ia doncella.
Momentos después, se encontraban en una puerta posterior.
—¿Y bien, de qué se trata? —preguntó la criada.
El hombre se volvió un poco, para que ella pudiera leer la inscripción que había en su mono de trabajo.
—Compañía Sturdevant, servicio de revisión —dijo—. Venimos a revisar los extintores.
—Ah, no sabía...
—La señora sí lo sabe. El jefe habló por teléfono con ella y dio su conformidad.
—Muy bien, en tal caso, entre.

—Gracias, bonita.

El operario penetró en la casa. La misma sirvienta le enseñó el lugar donde estaban los tubos de color rojo brillante, en los cuales el hombre efectuó diversas manipulaciones.

Una hora más tarde, había terminado su tarea.

—Todo conforme —dijo alegremente—. Casi sería de desear que hubiese un fuego, para que pudieran comprobar qué buenos extintores fabricamos.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó la doncella, a la vez que se santiguaba.

El operario retrocedió de un salto, con la cara deformada por la rabia.

—¿Qué está haciendo? —gritó.

La sirvienta le miró sorprendida.

—No es nada malo, creo yo. Sólo hice la señal...

—¡Cállese!

—Está bien —dijo la muchacha—. Lo mejor será que se marche, tipo grosero. No me importa lo que sea usted ni la religión a que pertenece, pero, al menos, respete mis creencias. En cuanto vuelva la señora, se lo diré para que se queje a su jefe...

—¡No, por favor! —Rogó el operario—. No le diga nada. Mi jefe es muy estricto y me pondría de patitas en la calle inmediatamente. Ha sido... bueno, no sé cómo pedirle excusas...

—Bueno, bueno, basta ya —se ablandó la criada—. Lárguese y déjeme continuar con mi trabajo, ¿eh?

—De acuerdo, pero será discreta, espero.

—No se preocupe.

El operario volvió a la furgoneta. Su acompañante observó que tenía las facciones contraídas.

—¿Qué ha ocurrido, Prosper?

—Esa estúpida sirvienta... Hizo la señal de...

—¡No sigas! —cortó Brockton coléricamente.

—Por fortuna pude arreglarlo. No dirá nada.

—Eso está bien. ¿Has encontrado los lanzallamas?

El atractivo rostro de Prosper se ensanchó en una sonrisa de satisfacción.

—Ahora ya son tan inútiles como un fuego apagado —contestó.

—Está bien. Vamos a ver si acabamos pronto... Prosper, tenemos que darnos prisa... Siento que ya no puedo continuar por mucho más tiempo... Cada vez me encuentro más débil...

—Hoy mismo habremos acabado —aseguró el joven—. Inmediatamente, nos volveremos a Scarlett House.

—Sí, tenemos que regresar allí.

* * *

Corkey Hapton dormitaba en un sillón, no lejos del dormitorio donde descansaba la señora Van Kyfe. Hapton era uno de los dos guardaespaldas

que ella había contratado. Siempre la acompañaba uno, a cualquier parte que fuese y cada noche velaba uno de los dos.

Aquella noche le tocaba a Hapton. De cuando en cuando, se sentía vencido por el sueño, pero siempre lograba despertarse.

Para entretenerse, conectó la televisión, muy baja de tono. Estuvo un buen rato entretenido con una película de vaqueros y luego decidió darse una vuelta por la casa.

Cuando regresaba al salón, se hundió el techo y le cayó encima de la cabeza.

Al menos, eso es lo que pensó mientras se desplomaba sin sentido.

El atacante estaba calzado con unas zapatillas con gruesa suela de goma y no hizo el menor ruido al moverse. Lentamente, avanzó hacia el dormitorio. Abrió la puerta y un chorro de luz, procedente de la estancia contigua, penetró a través del hueco.

Neil se agitó en la cama. El hombre esperó unos momentos.

Reanudó su avance. Le costaba enormemente dar cada paso, pero siguió andando.

De pronto, tropezó con algo. Neil, alarmada, se despertó.

—¿Quién anda ahí? ¡Señor Hapton! ¿Qué sucede?

De repente, los ojos de Neil tropezaron con la alta silueta que se hallaba a los pies de la cama. En el mismo momento, percibió un horrible hedor.

Terriblemente asustada, se sentó en la cama. Desde allí, podía ver las rojizas pupilas del intruso. Entonces supo que se hallaba en presencia de Brockton.

—No...

Brockton contorneó la cama. Entonces, Neil recordó el lanzallamas y se ladeó, para agarrar el que tenía al alcance de su mano.

Levantó el aparato y oprimió el resorte. Pero no sucedió nada.

Brockton lanzó una burlona risotada.

—No te servirá de nada —dijo.

Y, de súbito, echó las manos al cuello de Neil.

Ella se debatió con todas sus fuerzas, pero resultó inútil.

Momentos después, Brockton emprendió la retirada.

Sentíase enormemente débil. Apenas si podía caminar.

Cada paso era un mundo de dolor. Al fin, consiguió salir de la casa. Prosper lo vio desde el puesto de conductor de la furgoneta. Abrió la portezuela y saltó al suelo.

—Ayúdame... Estoy agotado...

—Vamos, aprisa, tenemos que marchamos —dijo el joven.

Brockton apenas si podía moverse. Prosper lo acomodó en el asiento y luego volvió a su puesto. En el mismo instante, sintió sus ojos heridos por el resplandor de unos faros.

Un coche de la Policía se detuvo silenciosamente junto a la furgoneta. Los dos agentes se apearon. Uno quedó al resguardo del coche de patrulla,

mientras el otro se acercaba a Prosper.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó—. ¿Está herido ese hombre?

—Oh, no es nada, agente. Simplemente, se siente enfermo...

El policía le miró con desconfianza. Luego volvió la vista hacia la casa.

Allí residía la señora Van Kyfe, una dama adinerada, de la mejor sociedad. La presencia de aquellos dos sujetos ante la puerta de la residencia se le antojó sospechosa.

Con la mano en la culata del revólver, dio una orden:

—Será mejor que se bajen. No intenten nada o dispararemos.

Prosper apretó los labios.

—Sí, guardia —contestó.

Junto a la portezuela, tenía el lanzallamas que había quitado a Forbes. De pronto, con gesto súbito, abrió y, al mismo tiempo, enfocó el aparato hacia el policía.

Este retrocedió, a la vez que sacaba el revólver. En el mismo instante, un largo chorro de fuego surgió de la boca del aparato, con un rugido pavoroso.

Las ropas del policía empezaron a arder. El hombre tuvo tiempo de hacer aún dos disparos. Su compañero hizo fuego también. Entonces, el chorro de llamas alcanzó el coche.

Prosper movió el lanzallamas despiadadamente, «barriendo» el espacio que tenía ante sí. Los policías huyeron, mientras su coche empezaba a arder.

El chorro de fuego se extinguió. Prosper recogió el lanzallamas y puso la furgoneta en marcha, dejando a sus espaldas a dos policías muy ocupados en evitar las quemaduras en su carne y un coche que ardía en pompa.

* * *

Con el rostro expresando consternación, Forbes contempló al hombre que yacía en la cama del hospital, con la cabeza completamente vendada.

—De modo que no vio nada —dijo.

—Nada —corroboró Hapton—. Sentí un fuerte golpe y eso fue todo. Cuando desperté, me encontré la casa llena de policías. Eran ya las nueve de la mañana y fue la chica filipina quien encontró muerta a la señora Van Kyfe.

—Perdone que le haga una pregunta —intervino Faith—. Usted dice que no vio nada. ¿Eso significa que el asesino le atacó por la espalda?

—Justamente, señorita.

—Y antes, unos segundos antes, aunque sólo fuese un segundo, ¿no percibió usted un olor a muerto?

—¿Olor a muerto? —Se extrañó Hapton—. No, en absoluto... Me habría vuelto, en tal caso... y ese miserable no habría podido golpearme. Estuvo a punto de cascarme el cráneo como si fuese un huevo.

El acento del guardaespaldas rebosaba de furor.

—Si un día llego a encontrarme con ese hijo' de perra... —balbució.

Forbes no quiso decirle que no podría luchar contra él, al menos con las

armas conocidas. Tampoco tenía interés en divulgar ciertos secretos.

—Gracias por todo, señor Hapton.

Fuera de la habitación, en el corredor del hospital, cambió una mirada con la muchacha.

—Ven —dijo—; tenemos otra persona para interrogar.

CAPITULO X

La otra persona era el agente Pete Mizzoni, el cual estaba curándose de quemaduras en las manos y en el pecho. También tenía algunas señales en la garganta y en la cara, aunque no eran lesiones de gravedad.

—¿De modo que quieren que les cuente lo que pasó esa noche? —dijo Mizzoni.

—Se lo agradeceríamos —manifestó el joven.

—Bien, cuando hacíamos la ronda, vimos una furgoneta parada a la puerta de la residencia de la señora Van Kyfe. Era una furgoneta comercial y, a las tres de la madrugada, nadie hace reparaciones, a menos que sea un caso de suma urgencia. Pero entonces, suele avisar a algún coche patrulla para que les acompañen. Yo mismo me he encontrado en esa situación en un par de ocasiones. Conviene tranquilizar al dueño de la casa y, de paso asegurarse de que no se trata de unos delincuentes.

—Es decir, les llamó la atención que una furgoneta estuviese parada delante de aquella casa.

—Nos inspiró sospechas desde el primer momento, y más cuando vimos a un tipo que parecía medio muerto, saliendo de la casa. Yo pensé: «Este tipo es un ladrón y alguien le ha sorprendido y le ha pegado un tiro...» por eso nos paramos para investigar. Entonces fue cuando el fulano que conducía sacó aquel maldito lanzallamas... Les juro que no había visto nunca cosa semejante.

—Se comprende —sonrió Forbes—. ¿Qué pasó después?

—Bueno, el tipo empezó a regarnos con su echafuegos y tuvimos que salir pitando... Yo pude disparar un par de veces, pero ya tenía las ropas, ardiendo y... —Mizzoni enseñó sus manos vendadas—. Miren lo que me pasó por golpear las llamas con las manos... Mi compañero disparó también, pero no tuvo otro remedio que largarse, porque el coche empezaba a arder. Era lo más prudente, ¿no creen?

El joven asintió.

—Indudablemente —repuso—. Luego, la furgoneta arrancó...

—Sí, se largaron. Y eso que no sé cómo pudieron conseguirlo, porque mi compañero metió cuatro balas en el parabrisas. Alguno de ellos tuvo que resultar herido, aunque, sin embargo, se han perdido como tragados por la tierra.

—¿Cree que resultaron heridos?

—Desde luego. La furgoneta fue encontrada al día siguiente a unos mil metros de distancia. Se supone que tenían un coche preparado, con el cual pudieron desaparecer, sin ser vistos.

—Fueron muy listos, en efecto —convino el joven—. Señor Mizzoni, gracias por sus amables respuestas. Deseo que se cure pronto y... Bueno, me gustaría estrecharle la mano...

—Hágalo mentalmente —rió el policía—. ¿Es usted detective privado?

—Éramos grandes amigos de la difunta señora Van Kyfe.

—Lo siento. La pobre murió estrangulada...

—Adiós, señor Mizzoni.

Faith y el joven salieron a la calle.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó ella momentos más tarde.

—Brockton y Prosper actuaron con diabólico ingenio, cosa que, dada su personalidad, no es una simple metáfora. Ten en cuenta que ya hace casi un mes que se marcharon de Scarlett House y en ese tiempo han tenido tiempo de sobra para preparar su ataque.

—El lanzallamas que usaron debe de ser el mismo que te robaron —dijo Faith.

—No cabe duda. Además, nos lo ha contado la doncella, aquel mismo día, estuvo Prosper, inspeccionando los lanzallamas, pero, en realidad, inutilizándolos. Así, cuando Brockton se presentó para asesinar a Neil, ella trató de defenderse, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

—Lo hizo Brockton... ¿Todavía conserva fuerzas?

—Así parece, aunque se debilita de día en día, Faith.

—Podía habérselo encomendado a Prosper, como hizo con la pobre Belle Sandoval.

—Con cada víctima ha seguido un procedimiento diferente, aunque la muerte se haya producido en todos los casos por asfixia, producida bien por las manos, bien por una cuerda o un cable. En el caso de Belle fue necesario que Prosper la enamorase. Obviamente, Brockton no podía convertirse en su pretendiente.

—¿Y Neil? ¿Por qué tuvo que hacerlo él mismo?

—Seguramente, porque quiere matar con su propio aspecto, mientras tenga fuerzas. Luego, pasará al cuerpo de Prosper y...

—Sólo quedamos tres —se escalofrió la muchacha.

Forbes agarró su brazo.

—Me tienes a tu lado —dijo.

—Kipp, ¿dónde se habrán escondido ahora? —preguntó Faith, aprensiva.

El joven se acarició el mentón.

—Habrán tenido que buscar un nuevo escondite... aunque quizá estimen que tienen otro más seguro.

—¿Scarlett House?

—¿Por qué no?

—Pero hay cruces pintadas...

—Aguarda un momento —exclamó Forbes.

Miró a su alrededor y no encontró una cabina telefónica.

—Lo haremos mejor desde el hotel —decidió al cabo.

Un cuarto de hora más tarde, pedía una conferencia de larga distancia con Euston East. Dio el número de teléfono deseado y poco después estaba hablando con McMasters.

—Señor Forbes, ¿puedo servirle en algo?

—Sí —contestó el joven—. ¿Sabe si el señor Brockton le ha encargado una limpieza general de Scarlett House?

McMasters respingó.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

—Luego es cierto.

—En efecto. Hace un par de días me llamó y dijo que había estado ausente, de viaje por el país. Dijo que iba a volver muy pronto y que quería que enviase a alguien de su confianza para hacer una limpieza general de la casa. Así lo hice y, por cierto, la mujer que se encargó del trabajo, me contó algo curioso.

—¿De veras?

—Algún loco llenó la casa de cruces blancas —dijo McMasters malhumoradamente—. Menos mal que ese chiflado empleó pintura fácilmente lavable y, por supuesto, no manchó telas ni cortinajes. ¿Por qué diablos harían eso, señor Forbes?

—El mundo, hoy día, está desquiciado —repuso el joven sentenciosamente —. Gracias por todo, señor McMasters. Ah, por favor, no mencione esta conversación.

—Descuide.

Forbes colgó el teléfono y miró a la muchacha.

—Están allí —dijo.

—¿Por qué?

—No tienen otro escondite mejor.

—Saben que nosotros estamos cerca, Kipp.

—¿Ahora?

—Bueno, ahora no, pero en otro momento...

—A estas horas, ya saben que no estamos allí. Es seguro que habrán ido a la cabaña y se han enterado de que está vacía.

—Lo cual les dará tranquilidad.

—Sí, porque pensarán que hemos huido por miedo.

—Y vamos a volver —dijo Faith, pálida pero resuelta.

Forbes asintió con un ligero movimiento.

—Por lo menos, yo —contestó.

—Te acompañaré. No quiero quedarme sola, Kipp. Tengo miedo — confesó la muchacha.

—Eres muy valiente —aseguró él—. Otra mujer, en tu lugar, agarraría el primer avión y se marcharía de vuelta a Inglaterra.

—Tampoco allí ‘me sentiría segura. Un día u otro, Brockton volvería a localizarme...

Forbes atrajo a la muchacha hacia sí y la estrechó contra su pecho.

—Acabaremos con ese demonio —afirmó rotundamente.

* * *

Forbes abrió la puerta y asomó la cabeza cautelosamente, a la vez que aspiraba el aire con fuerza. .

—No hay olores desagradables —dijo.

Tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta, donde guardaba el arma que había comprado días atrás. Faith tenía otra análoga en su bolso.

Revisó la cabaña. Todo estaba en orden. No había señales de intrusión ajena.

—Aunque tampoco tenían por qué revolver nada —murmuró.

—Les bastaba con saber que no estábamos —dijo ella.

—Exacto. Bien, voy a entrar el equipaje.

Forbes se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió.

—Faith, la cruz —dijo.

Ella enseñó la que llevaba pendiente del cuello.

—No me la quito un solo instante —sonrió.

—Así está mejor.

Faith se encaminó al baño. Luego fue a la cocina y empezó a preparar la cena. Forbes entró un gran número de bultos, buena parte de los cuales contenían provisiones, a fin de reponer las consumidas en estancias anteriores.

A las siete y media se sentaban ante la mesa. Después de cenar, Faith le hizo una pregunta:

—¿Irás a Scarlett House esta noche?

—No. Necesito descansar. Y tú también, Faith.

—Sí, es verdad.

—Ciérrate bien por dentro. Recuerda, les cuesta mucho moverse por la noche, pero no les resulta imposible. En cambio, hay algo que sí es prohibitivo para ellos.

—¿Qué es, Kipp?

—Son de carne y hueso, pese a su condición. No pueden traspasar las paredes; tienen que abrirse paso como las personas corrientes... o como los ladrones. En Jodo caso, harán ruido.

—Eso no sucedió en casa de Neil.

—Es un edificio muy grande. Hasta el ladrón más torpe podría entrar sin ser advertido. Aquí no podría suceder una cosa semejante. Tienen que destrozar una ventana o 4iacer saltar la puerta. Eso nos alertaría inmediatamente, dándonos tiempo para la defensa.

Faith emitió una sonrisa de circunstancias.

—Esto es terrible —dijo—. Tenemos que atrancarnos, para evitar el ataque de unos monstruos que andan sueltos y contra los cuales no nos es posible recurrir a la Policía. Parece que hayamos vuelto a los tiempos medievales, ¿no crees?

—El diablo ha existido siempre y no sólo en la Edad Media —contestó él gravemente.

Faith se retiró a su dormitorio. Forbes permaneció todavía en vela un buen

rato. A veces, miraba el rincón donde «Duke» solía echarse a dormir. Notaba la falta del animal y sintió una sorda cólera hacia el ser impío que había sido rapaz de envenenarlo, sólo por despecho hacia su amo.

Antes de irse a la cama, hizo algo. Buscó una lata de pintura y dibujó sendas cruces en las puertas de ambos dormitorios. Más tranquilo, se acostó y, pese a sus preocupaciones, logró conciliar un sueño profundo y reparador.

Por la mañana, al despertarse, se reunió con la muchacha. Cuando se sentaban a desayunar, dijo sonriendo:

—He dormido como un bendito. ¿Y tú?

—No puedo quejarme. También he dormido estupendamente. Sin problemas...

—Estábamos bien protegidos, Faith.

—¿Cómo, Kipp?

Forbes señaló con el mentón un punto. Ella volvió la cabeza y divisó la cruz pintada en la puerta de su dormitorio.

—Lo hice anoche, después de que te fueses a la cama —añadió él.

Faith sonrió dulcemente.

—Es la mejor protección, aunque, a veces, por no decir en la mayoría de las ocasiones, sólo la pedimos cuando estamos necesitados verdaderamente de ella.

—Así suele suceder, por desgracia —filosofó el joven—. Faith, ahora cuando terminemos, iré a exploraran poco por los alrededores de Scarlett House. No es necesario que vengas; estaré poco, tiempo fuera, el necesario solamente para ver de captar algún detalle. Volveré a la hora del almuerzo y entonces trataremos de idear algún plan para acabar con esta pesadilla. ¿Te parece bien?

—Estupendamente, Kipp —respondió ella.

—Te dejo el lanzallamas. Ya conoces su manejo. Úsalo sin contemplaciones, en caso necesario.

—Descuida, no me pasará nada.

Forbes tomó un sorbo de café, se limpió los labios y se puso en pie. Luego se acercó a la muchacha y la cogió por los hombros.

—¿Sabes que me gustas? —dijo.

—¿Cuál de las dos te gusta más: Faith o Lady Lou?

—No he visto actuar a la segunda.

—Podrás verme cuando vuelva a los escenarios.

—¿Piensas seguir cantando?

—Me gustaría conocer tu opinión, Kipp.

—Aún no me siento capacitado para dártela. Hablaremos más adelante, ¿te parece bien?

—Perfecto. Cuídate, Kipp.

—No te preocupes —se despidió él.

CAPITULO XI

Faith recogió los cacharros del desayuno y trabajó un rato en la limpieza y aseo de la cabaña. Luego, sin saber qué hacer, salió al exterior y contempló el paisaje circundante. Era un hermoso lugar, incluso en invierno. Forbes había tenido un gusto excelente al hacerse construir allí la cabaña, un lugar retirado donde podría trabajar sin temor a interrupciones molestas, con toda tranquilidad.

—Aunque, de todas formas, alguna vez habría que salir a ver un poco de mundo —murmuró.

Entró en la cabaña y buscó un libro para entretener la espera. De pronto, le pareció que no estaba sola.

Dio la vuelta con rapidez, mirando en todas direcciones. No, no había nadie en la gran sala.

—Empiezo a ponerme nerviosa —dijo.

Para quitarse las aprensiones, fue a su dormitorio y abrió la puerta. Allí tampoco había nadie.

El dormitorio de Forbes estaba igualmente vacío. Sin embargo, no podía quitarse de la mente la impresión de que había alguien más en la casa.

Examinó el baño. Todo parecía en orden. No había ningún intruso en la casa.

Y sin embargo...

Unos momentos antes, había oído el murmullo de las hojas agitadas por la brisa y el canto de los pájaros en el bosque inmediato. Ahora todo permanecía silencioso, sumido en una tétrica quietud.

En el cielo no había nubes, pero, sin embargo, el sol despedía un brillo mortecino. Parecía más amarillo que nunca, casi rojizo.

De repente, creyó notar algo a sus espaldas. Antes de que pudiera hacer nada, sintió en su cuello el frío contacto de una mano y luego notó un violento tirón de la cadena que sostenía la cruz.

Detrás de ella sonó un espantoso juramento. Faith exhaló un terrible alarido, pero aquella mano de hielo le tapó la boca.

Un espantoso hedor invadió el ambiente casi de golpe. Faith sintió que le abandonaban las fuerzas. Todo dio vueltas a su alrededor. Vagamente, notó que era alzada en peso, pero muy pronto sobrevino la oscuridad y perdió la noción de las cosas.

* * *

Después de largo rato de vigilar constantemente Scarlett House, Forbes llegó a la conclusión de que era preciso entrar en la casa durante la noche. Habíalo hecho ya en una ocasión y no sería difícil repetirlo. En el peor de los casos, siempre le quedaría el recurso de acudir a la Policía. Aunque aquellos

dos hombres habían cometido sus crímenes protegidos por el diablo, serían castigados por las leyes humanas.

Animado por tales propósitos, salió de la espesura y alcanzó el camino. Entonces vio un coche parado y a un hombre fuera, mirando a su alrededor con aire de perplejidad.

—Dispense, amigo —dijo el sujeto—. Creo que me he perdido. Estoy buscando Scarlett House y no logro dar con la rata adecuada...

Forbes arqueó las cejas.

—¿Es usted amigo de sus habitantes? —preguntó.

—No los he visto jamás. Sin embargo, estoy citado con ellos a fin de tratar la posible compra de la propiedad.

—¿Quiere decir que le han llamado a Scarlett House?

—Así es, aunque ignoro los medios de que se han valido para averiguar mi dirección. Perdón, no me he presentado. Soy Darrow Stillwell, de Filadelfia.

El joven sufrió una sacudida.

—¡Stillwell! —exclamó.

—¿Acaso me conoce usted? —preguntó el viajero sonriendo —. Tengo negocios, pero no soy lo suficientemente famoso...

—No, no es eso. Se trata de... Señor Stillwell, yo me llamo Howard Forbes, escritor. Quizá alguien en su familia le habló en alguna ocasión de un tal sir Percival Brockton.

Stillwell frunció el ceño.

—Cuando era un adolescente, mi abuelo me relató una fantástica historia de un tipo que vendió su alma al diablo y que, por lo visto, estaba enemistado con su tatarabuelo. Pero no le hice demasiado caso y... ¿Cómo sabe usted la historia?

—Me gustaría contársela en un lugar más apropiado y sin prisas. ¿Por qué no me acompaña usted a mi cabaña? Está apenas a un par de kilómetros y luego, si lo que le he relatado no le convence, podrá ir a Scarlett House. Aunque desde luego, ya puedo anticiparle un dato importante: El autor de la carta no podrá venderle esa propiedad, sencillamente, porque es un inquilino que la tiene alquilada. Por tanto, no puede vender lo que no es suyo.

—¡Caramba, eso tiene todas las trazas de un timo! —se amoscó Stillwell.

—Algo mucho peor —contestó Forbes—. ¿Vamos?

Stillwell regresó al coche y el joven se acomodó a su lado. Forbes inició una rápida narración, eludiendo detalles innecesarios, de modo que el viajero estaba ya enterado de lo ocurrido cuando llegaron a la cabaña.

—Me siento terriblemente impresionado —declaró Stillwell—. He leído algo en los periódicos, acerca de cuatro asesinatos, pero nunca pude imaginar...

—Los periódicos no cuentan toda la verdad porque, simplemente, la ignoran. Y si la conocieran, no lo creerían —respondió el joven.

El coche se había detenido ya. Forbes se apeó.

—Ahora le presentaré a lady Faith —añadió.

Fue hacia la puerta y la abrió.

—¡Faith! —llamó.

La muchacha no contestó. Forbes sintió una vaga alarma.

De repente, vio algo que brillaba en el suelo. Consternado, se inclinó y recogió la crucecita de oro, con la cadena rota y violentamente, según se apreciaba a simple vista.

Entonces apreció el hedor que aún flotaba en el ambiente. Terriblemente pálido, se volvió hacia Stillwell.

—Esos demonios se la han llevado —exclamó.

—¡La habrán asesinado! —se asustó Stillwell.

Forbes procuró mantener la serenidad.

—No, no lo creo. La han raptado para tenderme una trampa y obligarme a acudir a Scarlett House. Saben que lady Faith y yo somos sus principales enemigos y quieren deshacerse de nosotros.

—¿Qué va a hacer? Si acude a Scarlett House, morirá. ¿Por qué no avisa a la Policía? Es un caso claro de secuestro.

Forbes meneó la cabeza.

—No —rechazó la idea—. Es un asunto que hemos de resolver entre ellos y nosotros. Aquí intervienen fuerzas sobrenaturales y sólo se pueden combatir por medios que no tienen nada de terrenales.

—¿El fuego? —preguntó Stillwell, ya enterado de los lanzallamas.

—No, he decidido finalmente que no debo emplearlo. Si lo hiciera, tal vez sería acusado de asesinato. Hay algo mejor, infinitamente mejor... Perdone, amigo, pero no puedo perder más tiempo. Debo volver inmediatamente a Scarlett House.

Stillwell dio un paso adelante. Era un cincuentón todavía robusto, de rostro encarnado y amplio tórax.

—Amigo Forbes, éste es también mi juego —exclamó—. De no haber sido por usted, ya habría acabado en una trampa mortal. Deje que le ayude a combatir a esos demonios.

Stillwell enseñó un pequeño revólver que llevaba consigo.

—Nunca lo dejo cuando salgo de viaje. En este mundo revuelto de hoy día, uno tiene que aprender a protegerse, si quiere evitar incidentes desagradables.

—Lleve el arma si quiere, aunque ya le anticipo que no le servirá para nada. Un policía metió cuatro balas en el cuerpo de Layne y éste siguió vivo.

—¿Es posible?

—Como lo oye. Vamos, no nos entretengamos más.

Forbes echó a correr a campo traviesa. Stillwell tuvo dificultades en seguirle, pero, valerosamente, se esforzó por no quedar demasiado rezagado. Mientras corría, el joven pensaba en la forma en que podría entrar en la casa para evitar que Brockton y su infernal sobrino pudieran culminar sus malignos propósitos.

Una cosa creía tener a su favor: hasta entonces, todas las muertes cometidas lo habían sido por medio de estrangulación. Era joven y fuerte y

estimaba posible resistir un ataque de Prosper.

Sin embargo, también debía tener presente la eventualidad de que pudieran usar un arma. Las balas no les causaban daño, pero ellos sí podían empuñar un revólver.

Dispuesto a todo, apretó con fuerza la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo. Era un arma, pensó, que no le fallaría.

* * *

Sentada en una silla, a la cual había sido atada con cuerdas, Faith contemplaba aprensivamente al hombre que se movía por la habitación en que se encontraba.

Había recobrado el conocimiento a mitad de camino. Entonces, había tratado de resistirse, pero su secuestrador la había golpeado, privándola del sentido por segunda vez. Al despertar, estaba ya allí, atada e incapaz de moverse.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó de repente.

—Es usted muy hermosa —dijo.

Faith sintió un escalofrío. En el barco había visto a Prosper, un muchacho agradable, tímido, precisamente más atractivo por su misma timidez, y con aire de estar delicado de salud. Ahora, en aquellos meses, daba la sensación de haber ganado diez centímetros de estatura, convirtiéndose en un hombre robusto, de notable vigor y, a no ser por su sonrisa, que era la de un demonio, mucho más atrayente que cuando estaba a bordo del *Arcania*.

—Agradezco el elogio —contestó la muchacha—. Pero eso no responde a mi pregunta.

—Usted conoce la historia de sir Percival, creo.

—Sí, es cierto.

—Es descendiente de uno de los asesinos de sus hijos.

—Eso pasó hace dos siglos y medio. ¿He de tener yo la culpa de lo que hiciera uno de mis antepasados?

—Sir Percival hizo un juramento y, para poder cumplirlo, estableció un pacto con el demonio. Conoce la historia, naturalmente.

—¿Para qué cree que vine a Estados Unidos? Sin embargo —dijo ella tristemente—, no he podido evitar que mataran a cuatro personas inocentes.

—La sangre vertida por sus antepasados ha caído sobre sus cabezas —exclamó Prosper dramáticamente—. Los otros dos que quedan también morirán. Puede que uno de ellos, hoy mismo.'

—Prosper, usted era un hombre amable, simpático. ¿Cómo es posible que se haya aliado a un demonio?

Los ojos del joven emitieron un extraño fulgor.

—Sir Percival me va a dar algo que nadie más podría concederme —contestó.

—¿Vida ilimitada?

—¡Eterna!

Faith no se pudo contener.

—¡No sea tonto, Prosper! —exclamó—. Nadie puede vivir eternamente. Ni siquiera sir Percival. ¿No ha visto que cada vez está más agotado?

—Precisamente por eso —respondió Layne, impasible—. Muy pronto, su mente estará dentro de mí y yo conoceré iodos sus poderes. Sir Percival necesita un cuerpo joven y :?busto y yo necesito una mente que posea los conocimientos que permiten descifrar ciertos arcanos, prohibidos a los mortales.

—¿Eso es lo que va a suceder? —preguntó Faith, aterrada.

—Sí, justamente. Nos fundiremos los dos en uno solo. Sir Percival abandonará su ya caduca envoltura carnal. En doscientos cincuenta años, ha reunido los conocimientos necesarios para conseguirlo. ¿Se siente capaz de comprender lo que sucederá después?

Faith se sentía desfallecer.

—No... no sé, me siento aturdida...

Prosper se irguió. En su rostro lucía un orgullo infinito, diabólico.

—Un día, cuando hayan pasado los siglos, este cuerpo empezará a decaer. Entonces, buscaré otro apropiado y realizaré la misma operación que vamos a hacer ahora —exclamó.

—¿Así es como piensa vivir eternamente? —dijo Faith.

Prosper asintió.

—En efecto, ése es el método —repuso.

—¿Y yo? ¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Va a matarme también, como hicieron con aquellos cuatro inocentes?

—He estado pensándolo mucho —respondió Prosper—. La verdad es que en estos meses he tenido tiempo de sobra para pensar. Realmente, hubo una época en que no creía nada de lo que me contaba mi tío, sir Percival. Por eso estuve a punto de enamorarme de aquella hermosa muchacha que viajaba a bordo del *Arcania*.

—Se refiere, sin duda, a Daisy Evans.

—Sí, la misma. Lástima que muriese... Pero quizá no había llegado el momento de mi unión a una mujer.

Prosper miró a la muchacha de una forma especial.

—Usted se le parece bastante, pero es aún más hermosa y, sobre todo, más inteligente —añadió.

Faith sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda.

—¡Oh, no! —exclamó—. Yo no...

—No le he garantizado nada todavía. Pero quizá abandone, con respecto a usted, mis proyectos de venganza.

—¿Quién está hablando ahora? —gritó ella—. ¿Usted o sir Percival?

—Los dos —contestó Prosper orgullosamente.

—No se haga ilusiones. Jamás me casaría con usted...

—¿De veras? —Se burló el hombre—. Podría vivir eternamente, a mi

lado...

Faith decidió tomárselo a broma, a pesar de que se sentía aterrada. Quizá aquello obrase como revulsivo para el enloquecido individuo que tenía ante sí.

—Sería demasiado aburrido, ¿no le parece? El mismo hombre, siglos y siglos... ¡Qué horror!

—Bueno, si se cansaba de mí, no me opondría a que buscase otro acompañante. También yo haría lo mismo y...

De repente, se oyó una voz tétrica que sonaba no lejos de aquella estancia:

—Prosper...

El joven se volvió.

—¿Tío?

La llamada se repitió nuevamente.

—Pros... per... Ven, pronto... Siento que ya no puedo resistir... más...

Prosper se enderezó.

—Ha llegado la hora —dijo, mirando oblicuamente a su prisionera—. Es el momento que tanto he deseado.

Con ojos desorbitados por el terror, Faith vio a Prosper que se acercaba a una puerta y la abría de par en par.

Sir Percival, en pie, apoyándose en un bastón, parecía ir a derrumbarse de un momento a otro. La muchacha se sintió invadida por un horror absoluto.

El hombre que había hecho el pacto con el diablo era enormemente viejo. Si alguna vez había dudado de la leyenda, ahora, al ver aquel rostro lleno de arrugas y las manos como sarmientos, supo que, efectivamente, tenía delante de sí al hombre que había conseguido vivir dos siglos y medio y que, por las artes diabólicas que poseía, estaba dispuesto a prolongar su vida eternamente.

CAPITULO XII

Erguido como un poste, con los ojos perdidos en el infinito, Prosper avanzó lentamente hacia el viejo. Faith se mordió los labios para no gritar.

Era una escena que le parecía irreal. No sucedía donde estaba ella. Aún debía de hallarse en la cama y lo soñaba,..

Los dos hombres se acercaron poco a poco, hasta hallarse muy juntos. Entonces, Prosper levantó los brazos y atrajo hacia si a sir Percival.

Algo pareció bramar en las profundidades de la tierra. Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron es la misma posición. Luego empezó a desprenderse de sus cuerpos una especie de vapor, una neblina grisácea, de la que se desprendía un olor espantoso.

Diminutas chispas rojizas se agitaban enloquecidamente en el seno de aquella neblina. Espantada, Faith vio que la silueta de sir Percival desaparecía poso a poco.

El bastón cayó al suelo con un sonido seco. A Faith le pareció que aquello duraba una eternidad.

Y, de repente, sir Percival desapareció.

La niebla se disipó. Las ropas del viejo 'cayeron blandamente al suelo. Hubo de nuevo otro rugido subterráneo y luego el olor empezó a desaparecer de la atmósfera.

Transcurrieron unos minutos. Prosper continuaba inmóvil, quieto, convertido en una estatua.

Faith luchó con sus ligaduras, pero no consiguió aflojar los nudos. De repente, vio que Prosper empezaba a moverse.

El joven se volvió lentamente. Una extraña sonrisa lucía en su rostro.

—Ahora somos uno, Sir Percival y yo en mi cuerpo —dijo.

La muchacha, aterrada, se echó hacia atrás. Ahora, pensó, Prosper la atacaría y...

Con gran sorpresa por su parte, el joven no hizo nada de lo que temía. Inclinándose, recogió las ropas y se dispuso a salir.

—Tengo que salir a esconderías —manifestó—. Volveré en seguida, querida.

Faith creyó desmayarse. Las últimas palabras de Prosper eran harto significativas.

Una vez más, se esforzó por soltarse, pero todos sus intentos resultaron inútiles.

Sin poder contenerse, rompió a llorar.

—¡Oh, Kipp! —Clamó, presa de infinito abandono—-. ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes?

Transcurrieron algunos minutos. Prosper apareció de nuevo.

Parecía aún más fuerte que antes de abandonar la estancia. Su rostro era bello, reconoció la joven, pero era la hermosura del diablo la que se reflejaba

en sus facciones.

Sonriendo satisfecho, Prosper se acercó a su prisionera.

—¿Qué... qué va a hacer ahora? —preguntó Faith, resignada a la muerte.

Prosper alargó sus manos. Con enorme sorpresa, Faith se dio cuenta de que estaba soltando sus ligaduras.

* * *

—He decidido perdonarte —dijo Prosper de pronto.

—¿Usted o... o «él»?

—Ahora los dos somos uno. No te preocupes por mi identidad. Sir Percival ha desaparecido en su forma carnal, aunque esté dentro de mí. Pero yo seré siempre, para los demás, Prosper Layne.

Las ligaduras cayeron al suelo. Prosper agarró una mano de la muchacha.

—Ven —ordenó.

—¿A... adonde? —preguntó ella, temblando de los pies a la cabeza.

—Soy un hombre enormemente viejo en experiencia, pero joven y fuerte y robusto —contestó él.

—¡No! —gritó la muchacha, que había adivinado el sentido de aquellas palabras.

La mano de Prosper parecía de hierro.

—Ven —repitió—. Serás mía y vivirás infinitamente, a mi lado... Ven, ven...

Faith quiso resistirse, pero era una pluma en manos de Prosper Layne. Lenta e irresistiblemente se sintió arrastrada hacia la habitación contigua.

Ahora podía ver en los ojos del hombre una expresión distinta, pero no por ello menos aterradora. Viejas historias de mujeres poseídas por el diablo afluyeron a su mente casi desquiciada. Iba a ser humillada, manchada por el inmundo contacto con aquel hombre infernal, aquel ser que eran dos personas en una sola y que ahora quería saciar sus bestiales apetitos en ella.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró desasirse un instante, y corrió hacia la puerta, pero Prosper la alcanzó en dos saltos y, agarrándola por la cintura, tiró de ella nuevamente.

Faith se debatía frenéticamente, a la vez que lanzaba agudos chillidos en petición de ayuda. Sin embargo, sabía que estaban solos en Scarlett House y que nadie podría acudir a socorrerla.

Una mano rasgó repentinamente sus ropajes y, en un par de zarpazos, se encontró desnuda de la cintura para arriba. Luego, Prosper, le hizo dar la vuelta y arrancó el resto de las ropas a tirones.

En el forcejeo, tropezaron y cayeron sobre la alfombra. Ahora, Prosper reía, reía con risa que no era de este mundo. Faith consiguió librar una mano y le arañó el rostro, pero lo único que consiguió fue rozar una epidermis que parecía de piedra helada.

La boca de Prosper buscó la suya. Faith sintió una repugnancia infinita.

—No, no... —jadeó.

—Vas a ser mía —dijo él con sonrisa infernal—. Mía, para siempre, para siempre, toda la vida, cientos de años...

Faith se dio cuenta de que desfallecía. Empezaba a perder las fuerzas. Prosper lo advirtió también y pareció como si quisiera retrasar el momento de la posesión, seguro de su triunfo.

Una mano del hombre recorrió el pecho de Faith, lenta, lascivamente. Ella cerró los ojos, de los cuales fluían las lágrimas inconteniblemente. Iba a ceder; se sentía derrotada.

Durante un instante, contempló los ojos del rostro que estaba a pocos centímetros del suyo. Las pupilas eran brasas de fuego que parecía provenir directamente del infierno. De pronto sintió que ya no podía luchar más.

Había llegado al límite de su resistencia y Prosper lo adivinó.

—Tenía que suceder —dijo.

Y, en aquel momento, se oyó una voz:

—¡Suelte a esa mujer!

—¡Cerdo asqueroso! —dijo otro hombre.

Faith volvió la cabeza y divisó a los dos hombres parados ante el umbral, uno de los cuales empuñaba un revólver. El otro era...

—¡Kipp! —gritó, terriblemente acongojada, pero sabiendo que había llegado la salvación.

En el hermoso rostro de Prosper se dibujó una mueca de odio y furor infinitos.

—¿Qué hacen aquí? Esta no es su casa. Márchense...

—¡Miserable bastardo! —exclamó Stillwell, al mismo tiempo que Prosper se ponía en pie.

Faith aprovechó la ocasión y se levantó también, corriendo a buscar algo para cubrir su absoluta desnudez. Tiró de las ropas de la cama y consiguió una sábana, con la que se envolvió precipitadamente. Desde el otro lado de la estancia, con ojos aterrados, contempló la escena, mientras pensaba que estaba padeciendo una pesadilla y que aquello no podía ser real.

Durante unos segundos, hubo un profundísimo silencio. Prosper y los recién llegados se contemplaron mutuamente. Luego, Prosper avanzó.

—¡Alto! No dé un paso más o disparo —dijo Stillwell.

Prosper se echó a reír.

—Esas armas no sirven de nada contra mí —contestó—. ¡Yo soy inmortal! —clamó, con satánico orgullo.

—Inmortal, ¿eh? —Gruñó Stillwell—. Da un solo paso más o...

Prosper lo dio. Sus manos empezaron a alargarse, buscando el cuello del recién llegado.

Stillwell apretó el gatillo. La detonación resonó estruendosamente.

Una horrible carcajada fue la respuesta. Stillwell, alucinado, vio que el proyectil sólo había hecho un diminuto orificio en el pecho del joven, sin que brotase una sola gota de sangre.

Disparó y volvió a disparar. Las balas se hundían en el cuerpo de Prosper, sin causarle el menor daño.

—Las armas no pueden nada contra mí —dijo el joven—. Nadie puede derrotarme...

—Yo, sí —dijo Forbes de pronto.

También tenía una pistola en la mano. Prosper le miró burlonamente.

—¿No lo has visto? Ese hombre ha consumido seis cartuchos y no me ha pasado nada.

—Mi pistola no dispara balas.

La voz del joven era grave, tranquila. Prosper pareció cambiar de objetivo y se dirigió hacia él, con las manos extendidas como garras de una colosal ave de presa.

Entonces, Forbes levantó la pistola y disparó un chorro de agua al rostro de Prosper.

Se oyó un horripilante alarido. Prosper retrocedió, tambaleándose, a la vez que llevaba sus manos a la cara, bañada en aquel líquido que había salido de la pistola que empuñaba el joven. Stillwell contemplaba la escena sin comprender absolutamente lo que sucedía.

Forbes avanzó otro paso y lanzó un segundo chorro de agua contra Prosper. El grito se transformó en un rugido que no tenía nada de humano.

Faith, aterrada, retrocedió, hasta que su espalda chocó contra la pared. Ahora, Prosper se debatía en espantosas convulsiones, que sacudían su cuerpo como si fuese sacudido por cientos de manos al mismo tiempo.

Horribles sonidos se escapaban de su garganta. De pronto, las piernas le flaquearon y cayó al suelo.

Sus movimientos empezaron a hacerse más débiles. Sin embargo, aún seguía con las manos en la cara.

Forbes lo contemplaba con las mandíbulas juntas. Stillwell se sentía anonadado por lo que estaba viendo.

Poco a poco, Prosper dejó de moverse. Entonces, sus manos cayeron lacias a los costados y los espectadores de la escena pudieron ver el arrugado rostro de un hombre que parecía infinitamente viejo.

En pocos momentos, pareció como si, para el hombre caído en el suelo, hubieran transcurridos cientos de años. Stillwell se santiguó instintivamente.

—¡Bondad divina! —exclamó—. Forbes, era una pistola de agua... ¿Qué líquido le arrojó a la cara?

—Era un diablo, ¿no?

Stillwell asintió.

—Ahora sí lo creo —contestó.

—La pistola estaba cargada con agua bendita.

De pronto miró a la muchacha y sonrió, a la vez que avanzaba hacia ella.

—Faith, tu miedo ya no tiene razón de ser —dijo.

* * *

—Pude encontrar más datos sobre la vida de sir Percival —dijo el doctor Grabneil días más tarde—. Parece ser que, cuando era un chiquillo cometió una travesura y le castigaron encerrándolo en un cuarto oscuro durante algunas horas. El castigo se repitió en varias ocasiones y sir Percival quedó marcado por lo que hoy se llama trauma psíquico. Entonces, claro, no se conocía ese apelativo ni existía la psiquiatría, tal como la entendemos hoy día. De otro modo, quizá un buen psiquiatra hubiera podido curar a sir Percival de sus temores... de su horror absoluto a la oscuridad.

Faith asintió.

—Pero luego hizo un pacto con el diablo.

—Bueno, cuando llegó a mayor, estudió alquimia, ciencias ocultas... Sin embargo, en el fondo de todo aquello, latía un sentimiento contra el cual le resultaba imposible luchar. Si hizo el pacto con el diablo fue para poder luchar contra la oscuridad.

—Contra la oscuridad, luz, doctor.

Grabneil encendió su pipa.

—Querida muchacha, en una tumba no hay luz. En la tumba, oscuridad —contestó.

Faith asintió. Aquello, en el fondo, lo explicaba todo.

Pero el horror y el temor habían desaparecido y ahora reinaba la esperanza.

La puerta de la cabaña se abrió de pronto. Forbes, sonriente, apareció en el umbral. Traía una cesta de mimbre en la mano derecha.

—Hola, doctor —saludó—. ¿Faith?

—Hola, muchacho —dijo Grabneil.

Faith salió al encuentro del joven y le besó.

—El doctor me estaba dando detalles sobre sir Percival y ahora ya sabemos por qué hizo...

—No nos preocupemos más de un pobre desdichado que creyó llegar a lo más alto y ahora sólo es un poco de carne corrompida en el fondo de una oscura tumba —contestó Forbes—. Traigo una noticia sensacional; han aparecido las joyas de los Hopewell. La dueña dice que ha sido gracias a nuestros esfuerzos y que nos hará un buen regalo de bodas.

—Ah, ¿de modo que van a casarse? —exclamó Grabneil.

Forbes miró a la muchacha.

—Muy pronto —contestó.

Faith hizo un signo de asentimiento.

—Es verdad —dijo—. Doctor, queda invitado a la boda — sonrió.

—Les prometo asistir. Y también tendrán mi regalo... —Grabneil se volvió hacia el joven—. Kipp, fue una magnífica idea. Confieso que a mí no se me habría ocurrido. Pero fue lo mejor que pudo hacer.

—¿A qué se refiere, doctor? —preguntó Forbes, que en aquellos momentos estaba un poco despistado.

—Al agua bendita, hombre. Se lo aseguro: a mí no se me habría ocurrido

cargar una pistola de agua con la que le dio mi amigo el padre O'Kile.

—Yo también tenía una, pero Prosper no me dio tiempo a utilizarla —dijo Faith.

—Le brindo la idea, doctor —sonrió Forbes.

—Espero no tener que hacer uso de ella —contestó Grabneil, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Forbes y la muchacha quedaron solos.

—Se ha establecido que el cadáver era de sir Percival — dijo—. En cuanto a Prosper, por ahora se le da como desaparecido.

—No creerían lo que pasó —respondió ella.

—Ya pasó —dijo Forbes intencionadamente.

De pronto, Faith reparó en la cesta que él había traído.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—Oh, sí, lo había olvidado...

Forbes levantó la tapa de la cesta y sacó un precioso cachorrillo de pelo leonado.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es precioso —contestó ella, a la vez que cogía al perrito en brazos.

—Es hermano de «Duke».

—¿Hermano? —se sorprendió Faith.

—Bueno, «Duke» tenía sólo dos años cuando murió. Sus padres aún viven y procrean y...

—¿Cómo le llamarás, Kipp?

—Le ascenderemos de rango. El otro era «Duke», duque; éste seré príncipe, «Prince».

Forbes se acercó a la muchacha y la abrazó.

—Y tú serás mi dueña... Oh, es una frase inicua, pero, ¿cómo podría decirlo de otra manera?

—Así está bien dicho, Kipp —aprobó la muchacha con una sonrisa resplandeciente.

FIN